

A romantic couple in period clothing about to kiss at sunset. The woman has blonde, wavy hair and is wearing a pinkish-red dress with a white lace collar and a pearl necklace. The man has dark, wavy hair and is wearing a dark green coat over a white shirt and a dark red cravat. They are standing outdoors with a blurred green background. The sun is low on the horizon, creating a warm, golden glow.

ZOE SCOTLAND

La decisión de
Lady Baxter

La decisión de lady Baxter

Una romantica colección de nobles

ZOE SCOTLAND

Copyright © Octubre de 2024 ZOE SCOTLAND

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

*Para la señorita que siente que en cada discusión hay una chispa de amor.
Y también para aquella que un día me dijo que la indiferencia en una pareja es el inicio del final.*

Contents

Title Page	
Copyright	
Dedication	
La decisión	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
Fin	
Agradecimientos	
Books In This Series	

La decisión

de lady Baxter

Prólogo



*Cobertizo de una de las propiedades de la familia Murray,
entre Kent y Essex*

Inglaterra, 1842 Maidstone

Si se decía que una muchacha era demasiado atrevida, se solía comparar siempre con la joven Baxter, que muy a pesar de los múltiples intentos de su madre en enseñarle modales y poner límites en lo que debe y no debe hacer una señorita, sus frutos aún estaban por llegar. O mejor dicho, muy lejos por llegar.

Un alma libre, de espíritu aventurero, algo despistada en ocasiones, y con solo un deseo desde que tenía memoria, casarse con el joven Lucius Fitzalan Herbert, desde hacía bien poco, conde de Pembroke.

Mientras que en el hogar de los Baxter se preparaba todo para dar comienzo a una cena en familia donde se discutirían los menesteres más importantes de la boda de lord Baxter con la recién reconocida hija del ya fallecido conde de Pembroke Lysa Benedict, la joven Baxter, intrépida hermana del casadero, paseaba por el campo con el fin de lograr calmar su ira por no poder asistir a dicha cena en compañía del que creía que fuese el amor de su vida.

Despistada todo el tiempo, eso era algo importante que sí se podría decir de ella, y fue por ese motivo que curioseando en una granja abandonada cerca de donde se encontraba su hogar, cayó sin darse cuenta a un pozo medio vacío.

Tuvo suerte de no estar ni vacío por completo, ni lleno hasta arriba, porque o se hubiese roto una pierna, o se hubiera ahogado.

Sintió un terrible dolor en su tobillo al chocar con el fondo al caer, pero a parte de un quejido leve no se escuchó nada más salir de su boca. Bueno sí, maldiciones al responsable de aquel pozo por no haberlo tapado como debía.

Miró a su alrededor intentando buscar algo a lo que agarrarse para poder trepar y salir de allí, pero salvo telarañas a la altura de su rostro, nada más había.

Dio un par de saltos para agarrarse al borde del pozo, pero el tobillo dolido no le dejaba tomar impulso suficiente como para lograrlo, así es que también esa idea la apartó de su mente. Solo quedaba esperar, esperar y gritar para ver si con suerte alguien pasaba cerca y la escuchaba. Poco probable, pero esperó.

Después de estar ahí metida por posiblemente más de dos horas, la piel de sus piernas empezaba a picarle. A saber qué clase de enfermedades poseía el agua podrida en la que estaba metida, pensó.

Llevaba mucho tiempo pidiendo ayuda a voz en grito, cuando en una de las pausas que hizo para coger aliento, creyó escuchar algo cerca.

Gritó más fuerte para que la escuchasen, y como ella esperaba, funcionó. O quizá no igual que ella esperaba, porque lo que asomó la cabeza con cierto miedo era el perro de su padre. Un Foxhound Inglés, un estúpido perro que solo valía para dormir y comer, porque a pesar de llevarlo a cada una de las cacerías del zorro, jamás se motivó ni un solo segundo a correr detrás de alguno.

—Eres tú, qué suerte tengo, eh. Venga bonito, haz algo por ayudarme. Ve a casa y trae a alguien para que pueda salir de este maldito agujero. —Le daba órdenes al perro esperando que este la obedeciera.

Se había vuelto loca, porque jamás ese chucho hizo caso a nadie.

El animal olfateaba el pozo con insistencia, y al poco de ser animado por la joven Chase se dio la vuelta y levantó una pata trasera para mear justo en el borde de piedra.

—¡Maldito seas, perro estúpido! Juro por Dios que jamás volveré a darte ni un mendrugo de pan —dijo, y le arrojó agua del interior al chucho.

Después de hacer aquello con su mano en el agua estancada, sintió unas terribles náuseas al notar como subía un tufillo hasta su nariz.

Resignada a pasar más tiempo del deseado en aquel agujero, cerró los ojos, cogió aire por la boca para no tener que oler de nuevo aquel pestilente hedor, e intentó relajarse hasta que alguien al fin la echase en falta y saliesen a buscarla.

Podía ser muy pronto, o muy tarde cuando aquello ocurriese...

Pero la impaciencia también era otra de las cualidades de la joven Baxter, así es que a los pocos minutos decidió que ella misma saldría de allí, aunque tuviese que trepar por la piedra agarrándose con las uñas si hacía falta.

Intentó dar otro salto, pero esta vez solo apoyando uno de los pies, pues el otro era mejor que lo dejase tranquilo. Ella sabía bien lo que era un hueso roto, y no deseaba tener que pasar por eso de nuevo. Aún no lo estaba, pero no descartaba poder rompérselo.

Dio el salto, se agarró fuerte con sus manos al borde del pozo, y con la ayuda de una de sus rodillas trepó al menos cinco centímetros. No, no lo consiguió tampoco de esa manera, así es que se dejó caer. Lo único que logró fue un raspón en su rodilla que escocía de manera infernal al estar en contacto con el agua podrida.

Empezaba a temer por su salud.

—¿Por qué nosotras tenemos que ir siempre con vestidos? —se preguntaba apretando un puño y mordiéndose su nudillo para intentar aplacar el dolor que sentía—. Si hubiese llevado pantalones seguro que ya estaría fuera de aquí.

Continuó gritando, pero esta vez el tono sonaba más a lamento que a auxilio.

Se podría decir que Andrew Beaufort no era conocido en aquellas tierras, y ese era el motivo por el que el joven había decidido regresar a la tierra que le vio nacer. Aunque la razón de su regreso era bien distinta a la añoranza.

Una nueva temporada daba pie en Londres y él aprovecharía para encontrar a aquella futura esposa, una adecuada para que al fin pudiese darse esa vida de holgazanería que tanto ansiaba.

Era listo, sí, eso era cierto, porque después de todas las mentiras que había contado para

mantener la vida que llevaba hasta ahora, debía de ser muy inteligente para que no le hubiesen cazado aún.

Solía alardear de poseer varias tierras y propiedades en el condado de Denver, territorio de Kansas. Y allí su depósito de placer como él lo llamaba, en Little Dry Creek, de donde sacaba el oro suficiente cada año como para vivir mil vidas de acomodados nobles.

¿La verdad? No, no era esa. Era un joven ladronzuelo que jamás se dejaba ver mucho tiempo en un mismo lugar. También era un charlatán como se esperaba de un buen enredador, arrogante en muchas ocasiones, mentiroso, claro estaba, y apuesto, extremadamente apuesto. El más apuesto noble que haría aparición esta temporada en Londres.

Andrew desmontó del caballo al ver una granja desocupada en la que pensó podría descansar por un rato antes de interesarse en un hogar mejor que ocupar en lo que durase su estancia allí.

Caminó a pie hasta el lugar después de dar un azote al caballo robado que lo había llevado hasta aquellas tierras.

Mientras caminaba algo cansado solo esperaba que al menos hubiese agua para poder refrescarse el rostro. Y mientras se acercaba a lo que parecía un cobertizo escuchó una voz quejosa que provenía desde muy cerca.

Dudó un segundo al darse la vuelta y ver que nadie a la vista había en el lugar, así que prosiguió la marcha e ignoró aquella voz, pero de nuevo la escuchó.

—¡Ayuda! —Oyó en esta ocasión claramente.

Entrecerró los ojos intentando encontrar de donde provenía la voz. Estaba claro que era una voz femenina, y aunque el joven Andrew fuese un ladrón, y no de título un caballero, sí lo era de sentimiento.

—¿Hola? No puedo verte para poder ayudarte —dijo alzando la voz.

—Estoy dentro de un pozo, cerca de la vaya de la granja —gritaba Chase Baxter—. ¡Aquí abajo!

El joven se dirigió hasta la vaya de la que hablaba para después ojear desde allí y así encontrar el pozo, y cuando dio media vuelta lo vio.

—¿Cómo diantres ha caído ahí dentro? —preguntaba mientras caminaba hasta donde Chase estaba metida.

—Increíble, ¿verdad? —dijo Chase preguntándose a la vez por qué demonios no la sacaba de allí en lugar de hablar tanto.

Andrew llegó al agujero y al asomar la vista al interior, creyó que el sol recibido en su cabeza debido a cabalgar durante todo el día, la falta de alimento, y las horas de sueño de las que había privado a su cuerpo, le estaban haciendo ver alucinaciones.

Se frotó varias veces los ojos para asegurarse de que lo que veía era cierto, y tenía frente a él a la mujer más bonita que se pudiese encontrar en un pozo. En un pozo o en cualquier parte, se corrigió el pensamiento.



*Continuaban cerca del
Cobertizo de una de las propiedades de la familia Murray,
entre Kent y Essex, muy a pesar de los deseos de la joven Baxter*

—¿Se piensa quedar ahí parado mucho tiempo? —preguntó Chase haciendo una mueca.

—Disculpe, es que aún no logro entender cómo ha caído ahí dentro —intentó disimular la risa que se le escapaba.

—¿Y no le importaría primero ayudarme a salir de aquí y ya después le cuento mi hazaña? —dijo ella tratando de ocultar el enfado.

Andrew asintió con la cabeza, colocó sus manos en sus caderas y entrecerró los ojos.

—¿Se le han olvidado las gafas en casa? —preguntó de nuevo Chase al ver que la miraba como solían hacerlo los ancianos cuando no veían bien el periódico de la mañana —. ¿O desea que el sol le bañe el rostro?

—Ahora la verdad. ¿Ha bajado ahí por voluntad propia? —Andrew sospechaba que si la sacaba rápido del agujero, no tendría tantas opciones de hablar con ella como ahora, así que continuó con aquella artimaña para conocerse un poco.

—Oh, sí, quería darme un baño de agua estancada —replicó.

—Está bien, la sacaré ya si me dice cómo ha llegado ahí. ¿Se ha tirado para que la rescataran? ¿Es usted una de esas locas a las que les gusta ser rescatadas?

A Chase Baxter le estaba cansando ya la insistencia del caballero en querer averiguar cómo había aparecido en el interior de un pozo, y a punto estuvo de gritarle, pero recordó de pronto que era la única opción de salir del lugar, así que no lo haría y se mordería la lengua como nunca acostumbraba a hacer.

—Estaba despistada.

—Vaya. Despistada.

—Sí, me suele ocurrir a menudo. Camino sin mirar por donde piso, me caigo, tropiezo, choco, pero nunca antes me había caído a un pozo.

—Pues entonces será porque no hay muchos pozos abiertos por el lugar... —susurró.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, solo pensaba en la forma de sacarla —mintió.

—Pues le diré lo que debe hacer. Me da una mano y yo subiré escalando —dijo Chase Baxter arqueando una de sus cejas.

Andrew la miró asombrado. La muchacha además de preciosa, parecía lista.

—Venga, arriba —dijo Andrew dándole la mano para que se agarrara a ella con fuerza.

Chase no era una muchacha de esas remilgadas que se negaban a hablar con desconocidos, y mientras se agarraba con fuerza a la mano de Andrew, le preguntó cuál era su nombre.

—Andrew Beaufort, señorita —sonrió—, le hubiese dicho que para servirla en lo que necesite, pero eso ya lo sabe ahora que la estoy sacando de un pozo.

—Chase Baxter, ese es mi nombre, y tengo que decir que es usted muy amable, pero ¿puede estirar con más fuerza? De esta forma tardará en sacarme mucho tiempo, y yo necesito salir de aquí ya —dijo, y debido al estirón del joven Andrew salió del agujero tan rápido como ella solicitaba.

Andrew perdió el equilibrio y cayó al suelo de espaldas, y justo sobre su cuerpo aterrizó la mojada Chase Baxter.

—¡Está usted empapada! —dijo Andrew mirándola a los ojos al notarla sobre él.

—Disculpe no he tenido tiempo de secar mis ropas —le dijo con ironía.

Chase siguió la mirada de Andrew, quien miraba ahora otra parte de su cuerpo que no eran sus ojos. Estaba mirándole el escote le pareció ver, y le arremetió un bofetón al instante.

—Qué forma más extraña de agradecer que le salven la vida —dijo Andrew.

—Me miraba el escote, pervertido —se defendió.

—Eso no es cierto, la miraba a usted entera. De hecho me preguntaba por qué todavía sigue encima de mi cuerpo. Y me preguntaba también si es que estaba cómoda —se explicó.

Chase hizo un movimiento muy rápido y se puso en pie, pero al apoyar su tobillo dañado tuvo que dejarse caer al suelo para evitar gritar por el dolor. Colocó su mano sobre el pie y cerró con fuerza los ojos.

—Bien, parece que alguien se ha roto algo —dijo Andrew.

—No está roto. Esto es solo una torcedura. Me he roto varios huesos en mi vida y el dolor es bien diferente.

Andrew sonrió y después dejó escapar una risa sonora sin poder evitarlo.

Tenía ante él a la mujer más espectacular con la que jamás se había topado, pensó.

—Perdóneme, pero es que es usted tan, tan... —intentaba buscar la palabra exacta—... tan diferente al resto —dijo finalmente.

—Espero que eso sea un halago —Le miró frunciendo el ceño—. Aunque no sé si deseo que un desconocido me halague. No, creo que mejor se deja de halagos.

—Claro, lo es. Y recuerde que este desconocido le ha salvado la vida —mintió en lo del halago.

A pesar de no conocerse de nada, y de estar solos en un lugar alejado del resto de personas del mundo, Chase sintió que podía ser un tipo confiable, así es que le pidió que la ayudase a ponerse en pie para marcharse a su casa de una vez.

—No creo que pueda andar, aunque solo sea una torcedura —aclaró él.

—Me esperan para cenar —dijo ella, y a Andrew un rugido le sonó en el estómago.

Chase lo miraba esperando algo de él, porque ella tenía la solución al problema, pero era una señorita, y jamás le pediría a un hombre, desconocido, que la llevase en brazos hasta su mismísima casa.

Andrew se acercó hasta donde se encontraba sentada sobre el suelo la joven Baxter, y ofreciéndole sus dos manos le pidió que tratara de ponerse en pie. Ella asintió con la cabeza y él con sus manos estiró con fuerza para que no apoyase nada de peso sobre su pie torcido, y cuando Chase se irguió, Andrew le soltó las manos para colocarlas por detrás y levantarla en brazos en

un gesto rápido.

—No se asuste, señorita, pero es la única manera de que usted logre llegar a esa cena en la que supuestamente la esperan.

Llevaban varias millas recorridas, y el joven aunque era fuerte, necesitaba descansar un poco para continuar y llegar antes de que la noche les sorprendiese. Así que la dejó sobre una piedra grande del camino y se dispuso a descansar un poco.

Andrew estiró sus brazos por detrás de su cuerpo para desengarrotar los músculos, de reojo miraba a la joven muchacha que estaba mojada desde los pies hasta algo más de su cintura, y pensó que tendría frío.

—¿Tiene frío? Está mojada —preguntó.

—No.

—Lo está.

—No tengo.

Estaba seguro de que sí que lo tenía, pero como ya se había dado cuenta, era diferente al resto de mujeres que conocía, y esta no iba a dejar que nadie se quitara su chaqueta para que ella se la pusiera. Seguramente moriría de una pulmonía antes de pedir un favor.

—Está bien, regresemos al camino, no me gustaría que nos viese nadie, estamos solos, sin testigos de lo que ha ocurrido, y bueno, usted es una mujer, y yo soy un hombre...

Aquellas palabras sonaron un poco extrañas.

—Claro, y eso es un pájaro, aquí mismo hay un árbol, y hace nada vi una mosca —añadió Chase de manera rápida y burlona.

—Pero ya sabe, podrían pensar que he faltado a su reputación —dijo.

—Nadie pensaría eso de mí —dijo ella.

—¿Está segura?

—Sí.

—Pues no veo por qué no, es usted una mujer preciosa, quizá la más bonita con la que me he encontrado nunca, y lleva mucho tiempo desaparecida... —dijo Andrew nuevamente antes de cogerla en brazos—. Podrían obligarme a casarme con usted.

Chase puso los ojos en blanco, y pensó en lo simples que eran los hombres. Suspiró de manera complaciente y se limitó a disfrutar del paseo en brazos hasta su hogar.

—Tienes toda la cara salpicada de barro.

—Es posible que cuando le tiré agua al perro que se acercó antes de que tú aparecieras, me salpicase.

Andrew cogió la manga de su camisa y sujetando a la joven solamente con uno de sus brazos logró pasarle el trozo de tela por el rostro. Pero pronto se dio cuenta de que no era barro, sino unas preciosas pecas que salpicaban su bonita piel.



Sin perder la oportunidad en el hogar de los Baxter

Chase dirigía al joven Andrew por el camino que iba dirección a su casa cuando se dio cuenta de que no sabía nada sobre él, y eso fue en el exacto momento en el que pensó qué iba a decir cuando sus padres le preguntasen quién era ese caballero.

Se quedó callada decidiendo en su cabeza si disimular para que él hablase sobre sí mismo, o preguntar de manera más directa. Y como era Chase Baxter, no dudó por más tiempo en ir al grano.

—¿De dónde es usted?

—Denver —dijo escueto.

—¿Qué más?

—Mi nombre completo es Andrew Beaufort, mi padre es el vizconde de Denver, y los negocios nos separaron hace mucho tiempo de esta tierra que me vio nacer. Ahora he regresado.

Hasta se le hinchó el pecho un poco cuando dijo todo aquello.

Vizconde de Denver, pensó la joven. ¿Acaso en América también se entregaban títulos? Parecía estar confundida, pues ella creía que los títulos solo se entregaban en Inglaterra, Escocia, como mucho en algunas tierras cercanas, pero, ¿América? Eso sería algo de lo que tendría que hablar con su hermano, sí, no se adelantaría a sacar conjeturas anticipadas antes de tratar el tema con Simon.

Chase también pensó en lo curioso que era que jamás nadie le hubiese contado que por aquí cerca vivía la familia Beaufort aunque fuese en el pasado, porque algo que ella amaba era saber a ciencia cierta, o al menos si era posible, de quien eran las propiedades de su alrededor.

—Y dígame, señor Beaufort, ¿qué clase de negocios lo mantienen tan alejado?

—El oro —dijo abriendo mucho los ojos, para intentar sorprender a la joven.

—¿Oro? ¿Posee usted minas de oro y viste como si le hubiese robado la ropa a alguien? —se rio Chase. No se estaba creyendo ni una palabra de todo lo que decía ese hombre.

Nada más lejos de la realidad era que la ropa que llevaba en ese momento no era suya, la robó de unas cuerdas donde alguien las había tendido, porque las suyas apestaban a licor, debido

a que la noche anterior la había pasado bebiendo sin control.

—Hubo un problema con mis ropas, y tuve que ponerme las de mi amigo —restó importancia con un gesto desinteresado.

Lo cierto era que tenía dinero suficiente como para vestir más galán, pero la soledad lo llevó hasta un bar, y el bar le calmó la pena con algunos litros de alcohol de más.

—¿Entonces donde se aloja aquí en Londres?

—Recientemente he llegado, y me dirigiré cuando la deposite en su hogar a Mayfair, allí será donde me hospede en la temporada.

Chase abrió mucho los ojos, el caballero que la llevaba en brazos había puesto sus pies en Londres para asistir a la más que interesada temporada.

—Solo un poco más y habremos llegado, mire, es esa, la casa Baxter está justo frente a nosotros.

Andrew observó la fachada señorial de la mansión de la joven Baxter, y sonrió para sus adentros. Acababa de elegir a la que sería su mujer en el futuro, pero ella aún lo desconocía.

—¿Cree que ya estarán cenando? —preguntó él imaginando platos de comida a rebosar sobre una mesa perfectamente decorada. Y el estómago volvió a rugir con más fuerza esta vez.

—No, claro que no, habrán salido a buscarme. Es posible que hasta el servicio me esté buscando desesperadamente. Mi familia es una de esas familias que no comienza a cenar hasta que el último de sus miembros no están sentados alrededor de la mesa.

Sin embargo, la joven Chase se equivocaba, y así lo descubrió cuando hizo sonar la campana de la puerta de la entrada.

El mayordomo abrió con sorpresa, y anunció la llegada de lady Baxter y una compañía. Además el mayordomo, muy fiel a sus modales, añadió: desconocido. Todos los que se encontraban allí disfrutando de una rica cena salieron para descubrir qué estaba haciendo la joven Chase en compañía de un caballero desconocido, y además subida a sus brazos.

—¿Qué hace con mi hija en sus brazos? —dijo Russell Baxter el vizconde de Hertfordshire al ver la stampa.

—Buenas noches, disculpen el atrevimiento, pero no había otra forma de traer de vuelta a su hija, la saqué del interior de un pozo cerca de una granja situada a unas seis millas de distancia de aquí. No es lo que más deseo en el mundo, creame, aunque está delgada, llevarla por tanto tiempo me ha dejado casi sin fuerzas. Se hizo daño en un tobillo, no puede caminar —añadió.

¿Cómo era posible que no supiese que aquella granja era propiedad de los Murray?, pensó Chase al escucharle hablar. Otro que supiese a quien pertenecía la granja habría sido más concreto a la hora de referirse a ella. Y con respecto a la mención de su delgadez, aquello había sido insultante.

Simon al poco de ver a su hermana en los brazos del hombre la cogió en volandas y se la quitó.

—¿Es cierto eso, Chase? —preguntó con gesto serio su padre.

—Oh, claro padre, ¿no estará pensando que este hombre conseguiría hacerme nada, no? Ni aunque se lo propusiera lo conseguiría —dijo malhumorada ella.

Andrew miraba a aquella familia inusual de una forma divertida. Hasta que Simon, el hermano de Chase, le dio las gracias y cerró la puerta dejándole fuera de una forma poco ortodoxa.



Una noche llena de descubrimientos en el hogar de los Baxter

Andrew Beaufort había imaginado lo que le dirían los padres de cualquier muchachita que hubiese sido rescatada en agradecimiento. Y todo lo que él esperaba era algo así como: muchas gracias por salvarle la vida a nuestra hija, acepte este montón de dinero en agradecimiento, estaremos eternamente agradecidos por su labor altruista, o al menos un simple, pase a cenar con nosotros, se ha hecho tarde y estará hambriento. Porque sí, el joven llevaba al menos nueve horas sin probar bocado, y sumado a la borrachera que se agarró la noche anterior y a raíz de ella salió de su cuerpo lo digerido horas antes, podría decirse que estaba muerto de hambre.

Se quedó plantado frente a la puerta, admirando la madera grabada en tonos caoba, y con una ornamentación típica de los nobles. Demasiado recargada, creyó. Y cuando se dio cuenta de que en aquella casa no le darían ni una migaja, giró su cuerpo, miró al cielo encomendándose a Dios para que no lloviese, pues el tiempo estaba enrarecido, y comenzó a caminar, pero antes de alejarse de la puerta más de seis pasos, esta se volvió a abrir.

—Creo que debería pasar —dijo la madre de la muchacha.

El señor Beaufort se giró sobre sí mismo y asintió.

Chase Baxter sonreía como si hubiese conseguido ganar la discusión con su hermano sobre si darle cobijo por una noche o dejarlo vagar por el campo.

—No voy a negar que me haría muy feliz poder descansar un poco. Traer a la señorita en brazos todo el camino me ha dejado derrotado —dijo sin perder la oportunidad de recordarle que la había sostenido entre sus brazos.

—Pase, mandaré poner un plato más en la mesa, mi hijo fue grosero antes, discúlpele —dijo la madre antes de caminar delante de él.

—Si hubiésemos apostado, habría usted perdido —le dijo Beaufort a Chase en un tono casi imperceptible.

—¿Apostar, sobre qué? —le preguntó Chase a Andrew sin tener la menor idea de qué era a lo que se refería.

—Usted dijo que su familia no comenzaría a cenar sin usted. Hasta se atrevió a decir que no era una familia de esas que sí lo hacían aun no estando todos alrededor de la mesa.

Chase se llenó de rabia, pues aquello le había dolido. No que él le reprochase que se había equivocado, sino que su propia familia no la estuviese buscando.

—Reconozco que me equivoqué con ellos, pero le advierto —hizo una pausa y le miró

detenidamente—, no suelo hacerlo, y creo que voy haciéndome una idea de la clase de caballero que es usted.

Andrew Beaufort estaba demasiado hambriento y cansado como para intentar averiguar qué creía saber una niña de papá como era ella sobre él.

—Veo que le duele —dijo mirando el pie de la joven que no apoyaba a penas sobre el suelo.

—Mañana dolerá menos —respondió ella.

Minutos más tarde todos se sentaban alrededor de esa mesa que tanto había imaginado Andrew, y con la señorita Chase ya cambiada de ropa.

Durante la cena, la familia Baxter intentaba hacer que Andrew hablase, pues tener a una persona desconocida en casa no era lo habitual, así que trataban de averiguar por medio de preguntas qué hacía un joven de no más de veintisiete años de edad solo en Londres y sin tener todavía donde alojarse.

Andrew que se encontraba hambriento lo único que hacía era asentir con la cabeza, cerrar los ojos de manera dramática cuando no deseaba responder, y sonreír. Bueno también le agradeció a los Baxter aquella rica comida que acababa de devorar mientras frotaba sus manos en la servilleta de tela bordada.

—¿Y dice que se quedará mucho tiempo por aquí? —dijo Simon con una ceja levantada.

—No mucho, sino para siempre —elegía con cuidado sus palabras antes de responder. Aquella era una técnica que había adquirido después de muchos años—. Para ser franco, espero que toda la vida. Deseo encontrar esposa esta temporada, de hecho a eso fue a lo que regresé.

—¿No hay mujeres donde usted vivía antes? —preguntó Chase tratando de averiguar los verdaderos motivos que habían traído a Andrew a Londres.

—Es usted una joven muy perspicaz, señorita Baxter. Sí las hay, pero como buen inglés, mi deseo es poseer una mujer de aquí.

—¿Poseer? —preguntó Chase incorporando su cuerpo todo lo que pudo a la mesa para acercarse más a Andrew, a quien tenía frente a ella.

La había enfadado.

—Disculpe, no elegí adecuadamente la palabra.

No, no lo había hecho.

—Debe de ser usted, no lo sé, solo lo supongo, creo que usted es ese tipo de caballeros que piensa que las mujeres no tenemos derecho a elegir.

—¿Usted puede? —preguntó Andrew sacando de quicio a Chase a propósito.

—Creo que ya hemos cenado suficiente —interrumpió la madre de Chase Baxter la conversación—, es hora de que algunos vayamos a descansar.

Por lo visto a todos los presentes les hacía gracia el rumbo que estaba tomando la cena, y ni Simon Baxter, ni su padre el vizconde, hubiesen detenido aquella conversación, o al menos no tan pronto.

Antes de que nadie se fuese a otro lugar, el mayordomo anunció la llegada más inoportuna del día, el conde de Pembroke había llegado.

¿Qué horas son estas para una visita? pensó Chase.

—¿Qué horas son estas para una visita? —verbalizó Simon el pensamiento de todos por lo visto.

—Buenas noches, disculpen las horas, he venido lo más rápido que he podido. —Cogió aire Lucius.

—Respira, ¿deseas agua? —preguntó la vizcondesa.

—No, no será necesario. Pero esto... —se encontraba nervioso—, es importante que lo

anuncie ya.

—Está bien, habla —ordenó el vizconde.

—Resulta que ha llegado a mis oídos que la hija del vizconde de Hertfordshire ha sido vista en brazos de un desconocido.

A Lucius se le veía realmente nervioso, estaba como loco. Se movía de un lado a otro por el salón. Dijo aquello, y después al verla allí sentada pareció aliviado y dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Todo tiene una explicación, Lucius —dijo lady Baxter.

—Te han visto, Chase.

—¿Quién, cómo? No es posible, nadie nos vio.

Chase se temía lo peor en aquel momento.

El vizconde comenzó a morderse el interior de su labio, y Emma la mujer de este se colocó con apremio frente a él.

—Necesito saber quién fue a contarte eso —dijo Simon a Lucius adelantándose a todos para resolver el infortunio.

Lucius Fitzalan Herbert, era un hombre serio y jamás se inventaría nada así. Y menos aun cuando la reputación de la joven Chase estaba en juego. Ella era la mujer con la que deseaba casarse, y de no ser por su amigo Simon Baxter, habría sido hace tiempo que le hubiese pedido la mano.

Aun así, Lucius debía de contar a la familia lo que había llegado a sus oídos. Si alguien podía resolver el embrollo, eran ellos.

—Al parecer un joven Murray, el pequeño de cuatro hermanos, corría a su casa por los campos que hay cerca de la granja abandonada cuando vio a tu hermana sobre el cuerpo de un caballero. Dijo que se escondió para no ser visto, no quería ninguna reprimenda. —Silenció su boca mirando al suelo durante un par de segundos—. Después cuando volvió a asomarse para marcharse a su casa, es cuando vio como el caballero sostenía a la joven entre sus brazos.

—Es todo cierto —dijo Andrew dibujando una sonrisa en su rostro. Sin saber que los allí presentes no compartirían esa extraña alegría de la que al parecer él disfrutaba.

—¡Usted! —dijo Lucius.

—Un momento, no derramemos sangre todavía —dijo la madre de la muchacha—. Dejemos al señor Andrew Beaufort que cuente toda la historia desde el principio, después decidiremos qué se debe hacer.

—Está claro que el matrimonio es lo más razonable, lógico, oportuno, acertado, y por qué no, sabio, en estos casos —dijo Andrew sorprendiendo a todos.

—Debe de estar loco si piensa que mi familia me obligará a casarme con un completo desconocido —dijo Chase Baxter.

Una tos grave sonó dos veces, y pertenecía al vizconde.

—Hable, necesito escuchar cómo sucedió todo. —Se dirigió a Andrew, y después a Chase—. Si algo no es cierto, deténlo, solo deseo escuchar la verdad de los acontecimientos.

Lucius se rascaba la cara con la palma de la mano demostrando así lo nervioso que estaba en aquel momento.



Dos príncipes azules siempre eran mejor que uno, porque si uno se echaba atrás...

Al final resultó que la historia que contó Andrew Beaufort fue verdad. Todo y tal cual ocurrió, aunque omitiese algunas frases se aquella conversación antes de que la sacara del pozo, pero de igual manera Chase Baxter aceptó su versión de los hechos.

Eso sí, lo que menos le importaba en aquel momento era todo lo que ese caballero desconocido para ella había pronunciado, porque Chase Baxter se dedicó todo el tiempo a mirar de reojo a Lucius. Ella creía estar bien segura de que le estaba molestando más a Lucius lo que había ocurrido cerca de la granja de los Murray que a nadie. O al menos era lo que debería, pues no se podían contar con los dedos de ambas manos todas esas veces que el conde le había dicho que la amaba.

Solo que ahora, por algún motivo que desconocía, empezaba a notar que su conde azul de cuento de hadas, había cambiado. ¡Por Dios bendito!, si hasta la había mirado como si ella fuese culpable de algo. ¿De verdad creía que todo aquello lo había preparado para que un joven y apuesto caballero la salvase de un pozo, del que ni tan siquiera sabía que existía?

—¿Te gusta? —le preguntó de repente Lucius captando la atención de todos.

—Por supuesto que no —dijo encolerizada y se levantó del sillón donde se había acomodado sin pensar en su tobillo.

Un alarido salió de su boca y como por reflejo al dolor levantó el pie del suelo y acto seguido perdió el equilibrio.

Andrew Beaufort podría ser muchas cosas, entre todas ellas un hombre que sabía aprovechar las ocasiones a la perfección, como por ejemplo la que tenía en frente. Sabía que compartir una tarde larga con una muchacha, sin carabina, alejados de la ciudad, y además haber estado tan cerca como para poder contarle las pecas de su rostro, era motivo suficiente como para dejar marcada a la jovencita. Así es que no iba a dudar en proponerle casarse con ella. No era ingenuo, sabía que los Baxter se encontraban en una posición buena, no conocía hasta donde de buena, pero una dote interesante aportaría la muchachita al matrimonio. Total, solo debía casarse con ella, y después, pues para más tarde tenía otros planes... Siempre podría alejarse de ella, o incluso si le daba muchos problemas, ingresarla en un manicomio.

Cuando Andrew vio que la joven Chase iba a levantarse rápido del sillón, en lo primero que pensó fue en su pie, y como esperando la reacción que tuvo, se acercó a ella en dos pasos y la agarró antes de que chocase contra el suelo.

La noche comenzaba a presentarse muy tediosa para la joven Chase, pues cuando esa mañana discutió con su hermano sobre si Lucius Fitzalan podría o no cenar con ellos, no imaginaba que ese enfado iba a llevarla a la situación en la que ahora se encontraba.

Caer se en un pozo...

—No es necesario que se acerque tanto a mí —le dijo a Andrew que la tenía sujeta por la cintura.

—Estuvo usted a punto de caer al suelo —le explicó él.

—Prefiero caer al suelo que un hombre como lo es usted me salve —respondió quitándose las manos de encima de ella y apoyándose sobre el hombro de Lucius.

—Ya la salvé antes, ¿recuerda?

Lo ignoró.

¿Por qué Lucius estaba tan cerca de ella y no la había cogido para evitar la caída? Pensó Chase al apoyarse con facilidad sobre su hombro.

Y de repente como si la tierra se hubiese colocado boca abajo empezó a sentir un ligero mareo, y fue al darse cuenta de que el hombre por el que creía estar enamorada, no confiaba en ella. Lucius no había mostrado ni un poco de empatía por ella desde que llegó a la casa de sus padres.

—¿Hay alguien más aquí presente que crea que he tenido algo que ver en este accidente?

—Chase frunció el ceño esperando respuesta.

Nadie habló, nadie salvo Andrew.

—No me haga a mí el culpable de tener que casarme con usted.

—En realidad no debe de casarse con ella —dijo el vizconde, padre de Chase, haciendo que ella dejase salir todo el aire que mantenía en sus pulmones.

—¿No? —preguntó extrañado Andrew Beaufort—. La reputación de su hija, ¿recuerda? La ha perdido.

Chase Rebufó de inmediato.

Alguien debería de haber silenciado esa boca de una vez, pensó Chase al escucharle decir aquello.

—Está bien, le diré lo que va a ocurrir. —Dio cuatro pasos que eran los que lo mantenían alejado al vizconde del señor Beaufort—. Usted esperará un día para tener noticias mías. Pues resulta que lady Baxter, ya estaba comprometida cuando hoy sucedió este terrible suceso —dijo el vizconde.

Las caras de sorpresa en la familia, eran la misma que la que el joven Lucius mostraba.

—Yo... eso... Le ruego que me perdone, no sabía que ella —dijo señalándola—, ya estuviese comprometida.

—Ahora se marchará a descansar, mañana a primera hora le proporcionaré el carro familiar para que le lleve a la ciudad, y al caer la noche tendrá noticias mías.

Y eso fue lo que ocurrió. El vizconde debía tener una conversación seria con Lucius Fitzalan Herbert, conde de Pembroke. Si verdaderamente amaba a su hija tanto como había parecido hasta ahora, era el momento de demostrarlo casándose con ella.

Atrás quedaban los inconvenientes que el hermano de Chase Baxter veía en esa relación, pues por salvar la reputación de su hermana, nada que él creyese era motivo suficiente como para negarse a ese matrimonio.



Si una dama pierde su reputación, le será imposible encontrarla...

Nadie imaginaba lo que iba a ocurrir en el despacho de Russell Baxter.

Cuando todos se retiraron a su descanso, incluso el señor Andrew Beaufort lo hizo. El vizconde le pidió al joven conde de Pembroke que se reuniese con él en su despacho. Y a pesar de que todos sabían cuál era el motivo de dicha reunión, al parecer la única persona que no tenía claro qué podía hacer el conde por arreglar aquel problema, era él mismo.

El conde había recorrido tantas veces los pasillos de aquella casa, que podría haber llegado hasta allí incluso con los ojos vendados, pero en esta ocasión, los nervios lo condujeron al error, y terminó dando una vuelta de lo más tonta por las cocinas.

Necesitaba tiempo, sí, eso era lo que lo había llevado a tardar tanto en reunirse con Russell Baxter. Tiempo para pensarlo.

Cuando llegó a su despacho, la puerta estaba abierta, y solo tuvo que golpearla con su nudillo y entrar.

Russell tomaba un buen vaso de licor hasta arriba. Nada elegante, por supuesto la ocasión tampoco lo merecía. Y si no fuera porque el vizconde gozaba de buen pulso, habría acabado todo derramado sobre la alfombra.

—¿Le sirvo uno? —le preguntó levantando el vaso.

—No, no creo que sea necesario para esto.

—Veo que sabe bien cuál es el motivo de hacerle llamar.

—Señor, yo lamento lo que voy a decirle, pero no veo que yo tenga que terminar manchando mi nombre para arreglar esto. Soy un conde.

—¿Cómo dices?

—Quisiera que esta conversación hubiese dado lugar sin tener que tapar ningún error de Chase. Eso es lo que digo. Los errores deben de enmendarse por las personas que los cometen.

—¿Te niegas a casarte con mi hija por si alguien habla de ti por salvar la reputación de una jovencita? —preguntó extrañado Russell perdiendo ya las formas y el respeto.

—Así es, además de que soy de los hombres que piensan que las reputaciones nunca son arregladas si una dama se casa con otro hombre que no sea quien la ha robado.

—Pero tú mismo has escuchado a mi hija, ¡demonios!, hasta él mismo dijo lo que había ocurrido. ¡No la tocó! —gritó Russell.

—Pero todos dirán que sí que lo hizo. Miraran, chismosearán, nos darían de lado posiblemente.

—¿Es tu última palabra?

Al vizconde no le gustaba tener que rogar, y menos a un hombre que se mostraba tan poco

compasivo con su hija. Y con su familia.

—Por el momento sí, déjeme ver lo que se habla en la calle, si no es mucho, me casaré con ella, de lo contrario, ya sabe mi respuesta.

Al vizconde le hubiese gustado darle una patada en el trasero al charlatán de Lucius Fitzalan en aquel momento, pero no lo hizo, solo lo detuvo una cosa, pensar en el futuro de su hija. Así que estrechó la mano del conde y lo despidió.

—Solo tres días —dijo el vizconde.

—Le dijo al señor Beaufort que mañana en la noche tendría noticias tuyas —replicó el conde.

—Pues tiene hasta ese momento entonces —le aclaró.

El vizconde pensaba pedirle a Beaufort que esperase solo un poco más, pero después de la corrección de Lucius, se dio cuenta de que tenía pocas esperanzas puestas en ese matrimonio, y cuanto antes tomaran una decisión mejor para todos.

Chase Baxter estaba en su alcoba intentando no pensar en todo lo que había ocurrido durante ese espantoso día, cuando escuchó la voz de su padre pronunciar esas palabras.

Claro que no la había tocado, ni un centímetro había rozado su piel, pensaba. Después recordó que algo sí que la había tocado. Como por ejemplo cuando le dio la mano para salir del pozo, o cuando ella se cayó torpemente sobre él, también cuando por más de cinco millas la había sostenido en brazos para llevarla a su casa. Hasta cuando le limpió el rostro de barro, uno de sus dedos acarició su mejilla sin quererlo.

Recordaba todos esos momentos y sin poder evitarlo dibujó por error una sonrisa en sus labios. Por error, claro.

Escuchó un par de golpes en la alcoba de al lado, y se acercó hasta el pasillo, después al continuar escuchando ruidos, se dirigió hasta la puerta de donde provenían los golpes para ver de qué se trataba. La puerta del dormitorio estaba abierta, y se asomó con cuidado para ver quien estaba haciendo ese maldito escándalo.

Vio a Andrew abrir y cerrar cajones de las mesitas, después buscar por los armarios, y hasta descolgar los cuadros de las paredes. Solo le faltaba arrancar el papel pintado de la pared, pensó.

¿Qué estaba buscando?

—¿Ha perdido algo? —lo sorprendió.

Él se dio la vuelta simulando calma, y al verla sonrió.

—No soy yo quien ha perdido algo, más bien usted.

—No.

—Su reputación, ¿recuerda? —se burló.

—Es usted un mezquino, y un, un, un... —. No le salían las palabras.

—No se enfade, aunque admito que los labios se le hinchan cuando se enfada, y eso es realmente atractivo —dijo él.

Chase se tapó la boca con su mano, y después entrecerró los ojos maldiciéndole desde su interior.

—¿Cómo hace eso?

—¿El qué?

—Hasta sus pecas se oscurecen.

—No se saldrá con la suya, nunca me casaré con un hombre como es usted.

—Apostemos —dijo Andrew.

—Apostemos —repitió Chase.

Andrew hablaba en serio, incluso propuso inscribirlo en un libro de apuestas, pero le parecía

grotesco pedirle a la señorita que fuese a por uno, así que, dejó la apuesta inscrita sobre un papel en blanco que segundos antes había sacado de uno de los cajones de una cómoda mientras cotilleaba para ver si podía robar algo de valor.

No había tenido suerte en lo que a nada de valor se encontraba en esa alcoba, pero como por fortuna, la señorita Baxter acababa de hacer con él una apuesta en la que él mismo llevaba ventaja.

—Espero que no se eche atrás —dijo Andrew guiñando un ojo.

—Estoy deseando ver su cara cuando se entere de que no me casaré con usted —pronunció sus palabras casi escupiéndolas.

—Cuanto lo lamento, lady Baxter, pero si tiene esperanzas puestas en ese hombre que llegó contando el escándalo, ya puede ir abriendo los ojos. No va a salvarle la reputación, huelo desde lejos a los caballeros que antes de mirar por otro miran por uno mismo. Incluso me temo que nunca mire por nadie más que por él.

Chase Baxter se quedó mirando a los ojos al señor Beaufort, y pensó en eso que acababa de decir. ¿Podría ser cierto? Pues sí, podía serlo, porque Lucius se había criado solo, y dudaba de si alguien le había enseñado a ser bueno y desinteresado. De todas formas, Chase Baxter no dijo nada, solo le ofreció su mano para dejar por sellada aquella apuesta y salió de la alcoba del caballero.



*Si los nobles se hubiesen regido únicamente por el amor a la hora de contraer matrimonio,
aquel año ninguno de los compromisos se hubiesen formalizado*

Lo escuchó reírse cuando ella cerró la puerta de su alcoba. Era un hombre al que le importaban poco el resto de las personas, y si no era así, lo aparentaba, pensó Chase para ella misma.

Se recostó sobre su cama cuando se puso el camisón, y recordó lo que dijo sobre sus labios. No sabía que le sucedía eso a sus labios cuando se enfadaba. Ni a sus pecas. También se sorprendió al verse pensando en lo bonito que Beaufort tenía el rostro, no había nada en él que destacase con exageración, no había ni labios gruesos, ni nariz respingona como a ella le gustaban, ni sus ojos eran de un color especial, solo eran oscuros, sí oscuros, pero con una mirada penetrante, recordaba. Eso fue lo que pensó de ellos cuando se quedó ahí plantado con sus brazos en forma de jarra nada más descubrirla en el pozo. Que su mirada era penetrable.

Se dio un par de golpes en la frente para borrar pensamientos inoportunos de su mente, y se recostó de lado para tratar de dormirse rápido.

A la mañana siguiente, Chase intentó no mostrarse incómoda, pero lo mirara por donde lo mirase, aquello era imposible.

Con miedo puso su pie dañado en el suelo, y con algo de miedo apoyó rezando para que el dolor hubiese desaparecido.

Ya no dolía.

Al bajar al salón donde se acostumbraba a servir el desayuno, se encontró a Lysa Benedict conversando con su madre. Era evidente que se hablaba de ella, porque de no haber sido así, hubiesen continuado la conversación tan entretenida que parecía que tenían cuando vio a Lysa abrir mucho los ojos y a su madre taparse la boca al decir algo.

—No importa, de verdad, hacedlo en voz alta, así al menos sé lo que pensáis al respecto —dijo Chase sentándose a la mesa.

—Tu madre me contaba todo lo que ocurrió en el día de ayer —dijo Lysa tomando asiento a su lado.

—Es cierto no estabas en la cena... —recordó Chase.

La cena con motivo de los detalles de su boda...

—No, no me encontraba demasiado bien como para cenar fuera de casa —admitió Lysa con cierto reparo.

—¿Estás bien ahora? —preguntó Chase.

—Sí, sí —Lysa afirmó pero no deseaba entrar en detalles.

—¿Y bien? —Chase pretendía conocer la opinión de Lysa.

—Pues creo que es absurdo tenernos que casar con un caballero cuando no ha ocurrido nada

—apoyó una servilleta sobre su boca Lysa—, incluso si hubiese ocurrido, no veo lógico casarse por ello —dijo con voz baja.

Ese también era el pensamiento de la joven Chase. Ella no veía bien que a las damas se las obligase a llevar una vida recatada, y cuidando a cada poco su reputación, cuando por otro lado, los hombres, no todos por supuesto, pero si en su mayoría, eran libertinos y cuando se casaban con jóvenes de reputación excelente, ellos estaban cansados de retozar en camas ajenas.

—Pues tienes razón, y eso será lo que le diga a mi padre ahora mismo.

Chase se levantó de la silla, y sin esperar que nadie la detuviese, se dirigió al despacho de su padre, donde imaginó que se encontraría, como era lo habitual en él.

Golpeó un par de veces la puerta, y esperó fuera a que le diese permiso para entrar, como eso no ocurría, se apoyó en la pared de enfrente de la puerta y apoyó su espalda sobre ella. Después de más de diez minutos ahí parada esperando que saliese de allí, se dejó caer hasta resbalar y quedarse sentada sobre el suelo. El pie comenzaba a doler y no le permitía pasar erguida tanto tiempo.

Estaba despistada mirando al trasluz las pelusas y el microscópico polvo que había sobre el suelo, tumbada y estirada como si fuese sobre una cama, pero en este caso lo hacía sobre el suelo del pasillo, cuando la puerta se abrió y se llevó una mala sorpresa. Andrew Beaufort estaba reunido con su padre.

—¡Chase Baxter! ¿qué diantres crees que haces ahí tirada en el suelo? —preguntó su padre enfadado al verla.

—Solo esperaba. Necesito urgente tratar un tema —dijo desde el suelo, pero con una postura un poco menos relajada.

—Tendrá que esperar eso que quieres hablar, porque antes tienes que escuchar esto que el señor Beaufort quiere decirte.

Andrew se acercó antes de nada un poco hasta donde estaba sentada Chase, y muy dulcemente le susurró:

—Me temo que has perdido tu apuesta —le dijo, y después le guiñó un ojo.

—Padre, no diga usted nada de lo que pueda arrepentirse después. Déjeme antes hablar y así comprenderá lo importante que es lo que tengo que decirle.

—No creo que eso sea tan importante hija. Antes escucha al señor Beaufort.

—No. ¡Demonios! —Chase no recordaba haberle hablado de esa forma a su padre jamás, pero el momento estaba siendo difícil de digerir, porque ella conocía lo que Andrew quería pronunciar.

—¿Estás bien? —preguntó extrañado su padre al escuchar aquello salir de la boca de su hija.

—Lo siento, padre. Sin su permiso o con él, le diré que no voy a casarme con nadie. Si mi destino es quedarme solterona que así sea, pero no complicaré mi vida casándome con un hombre que no me ama, y mucho menos yo a él, pues apenas le conozco. —Chase se dejó caer sobre la pared de su espalda y después añadió—. Ahora si lo desea, castígueme. —Se cruzó de brazos.

—Bobadas, no tienes ningún derecho a elegir si te casarás o no, la decisión ya está tomada. Si el problema es que no os conocéis, ya tendréis tiempo de hacerlo.

—Decisión tomada, ya lo veo —repetía lady Baxter.

—Así es, no compliquemos más esto.

—Lo siento no puedo casarme con el señor Beaufort.

—¿Estás comprometida con otro caballero? Es eso, ¿y olvidaste decírmelo?

—¡Por supuesto que no!

—¿Pensabas hacerlo?

—¿El qué?

—Comprometerte con un caballero.

—No es eso, padre.

—En tal caso, no veo motivo por el que no puedas entonces casarte con él —dijo lord Baxter señalando a Andrew.

—Porque no le amo, por eso.

—Bobadas de nuevo. No necesitas amarle, solo su apellido.

—Pero, padre, si igualmente ya he perdido la reputación —dijo Chase apretando con fuerza sus puños al pronunciar aquella palabra, pues ella sabía que nada había ocurrido en esa tarde. Todo estaba igual que siempre—. Deje que elija al hombre que yo desee.

Entonces Beaufort comenzó a reír de forma escandalosa al escuchar la palabra elegir. Padre e hija se giraron al escucharle, y con un leve gesto de cabeza y una mirada extraña, le pedían que explicase a qué era debida esa falta de respeto.

—Disculpe milord, pero alguien debe decirle a la niña que nadie deseará casarse con ella cuando todos sepan lo de su pérdida.

—La niña, como usted me llama no ha perdido nada. Usted me lo ha robado. Pero no se confunda que no ha sido mi reputación, sino mi libertad. Y haga el favor de marcharse ahora mismo o además de obligarme a casarme con usted, me verá obligada a golpear su rostro con mi puño.

Andrew Beaufort sonrió levemente al escucharla, y antes de que llegase a enfadarse más, hizo una reverencia con los brazos cruzados a sus espaldas a ambos y se retiró.

—Pequeña, solo es un matrimonio.

—Le preguntaremos eso a mamá, ¿te parece?

—Tu madre está más que de acuerdo con la decisión.

—Oh, Dios mío, deseáis que abandone vuestro hogar de manera rápida. ¿Es eso? Si es así, lo haré, pero por todos los Santos del cielo, y por los que aún queden en la tierra —añadió—, no me obliguéis a casarme con ese hombre al que no conozco.

—Ya he tratado con él algunos aspectos del matrimonio, y está dispuesto a cumplir.

—¿Qué temas?

—No consumaréis el matrimonio hasta que tú no lo desees.

—¡Padre!

Aquello no debía de hablarse... Jamás pensó en su padre tratando con su futuro esposo cual sería el momento oportuno para consumar el matrimonio...

—No busco limpiar tu nombre y a la vez entregarte a los brazos de un hombre para que haga lo que él desee contigo.

—Padre, por favor, no me obligue a casarme con él. Déjeme que hable con Lucius antes.

Russell Baxter no sabía cómo decirle a su hija, que el conde de Pembroke había rechazado casarse con ella, y fue por eso por lo que lo omitió.

—Ya está todo acordado, te casarás con Andrew Beaufort cuando termine la temporada, mientras tanto asistiréis a bailes, cenas y paseos juntos. Aprovecha esas ocasiones para conocerlo.

—No puede obligarme.

Aquella conversación con su padre la había dejado con un sabor un tanto amargo en la boca, así que caminó hasta el saloncito rosa donde sospechaba que todavía estaría desayunando Lysa Benedict junto a su madre, y se sentó a su lado.

Para todos, Chase Baxter habría perdido la reputación, cosa que para ella no. Pero algo que conservaba muy bien era su cabezonería, su terquedad, y ella llevaría bien lejos el tema de aquel matrimonio.

Poco o nada le costó convencer a Lysa que tenía que ayudarla a escapar de casa, y no era un plan fácil, pues esa misma noche se celebraba en el hogar de los Baxter la pedida de mano de los futuros novios.

—¿Pero cómo saldrás sin que te vea nadie? —le preguntaba Lysa cuando ella ya supo lo que debía de hacer para cubrir su ausencia durante mucho tiempo, o al menos todo el que le fuese posible.

—Voy a vestirme de criada, después subiré a uno de los carros familiares y le pediré a un lacayo que me lleve hasta Mayfair, allí me hospedaré durante unos días silenciosamente, y desde allí debo de lograr comprar un billete de tren para llegar a Francia. En Francia trataré de hacerme una vida nueva.

—Parece fácil cuando tú lo dices, pero te aseguro que no va a resultarlo.

—¿Estás de mi parte? ¿O acaso prefieres verme casada con el impresentable ese que apareció de la nada?

—¿En qué pensabas cuando dejaste que te sacase del pozo un hombre?

—Quizá pensaba en que quería salir —dijo en voz alta.

—Debiste imaginar que aquello no era una buena idea. Solos, a mucha distancia de casa, con un hombre desconocido...

Maldito pozo, pensó. Después se rio porque nada más caer creyó que le podría dar algo de suerte caer a un pozo. Las monedas se tiran en pozos para pedir deseos, y ella era mucho más valiosa que una moneda...

—Aquello ya no importa. Ahora centrémonos en el presente.

Diez horas más tarde, Lysa Benedict ayudaba a enfundarse un vestido demasiado estrecho de criada a Chase Baxter, a cubrir su cabeza con un pañuelo oscuro para que no fuese reconocida por nadie, y a darle órdenes frente a un lacayo para que todo tuviese más credibilidad.

—Ve a Mayfair y trae lo que te pedí de vuelta, y no te demores —decía Lysa a Chase frente al carro con voz alta.

El lacayo tomó las riendas del caballo cuando la que creyó doncella subió al interior y cerró la portezuela.

Lysa se desinfló como si fuese un globo al ver cómo se alejaba el carro de los Baxter en la oscuridad.

Y entonces la cena que los Baxter ofrecían con motivo del comunicado de compromiso de su hija pequeña, dio lugar.

Estaban todos colocados detrás de las sillas antes de tomar asiento, cuando alguien pronunció algo de lo que todos se habían dado cuenta.

—No está Chase.

Claro que no estaba, pensó Lysa.

A estas alturas de la noche debía de estar más o menos tan alejada del lugar como cerca de Mayfair, pero nadie lo sabía salvo ella.

Y a los segundos alguien volvió a abrir la boca.

—Tampoco ha llegado todavía el señor Beaufort.

En eso no había caído Lysa. Se encontraba tan pendiente a la vez que preocupada por la supuesta desaparición de Chase, que no se había dado cuenta de que Andrew Beaufort no estaba presente.

En cierto modo se alegró, así si resultaba que él lo había pensado mejor y se había decidido por abandonar el país, ella podría ir a buscar a Chase para que regresase a su casa de inmediato. Fin del problema.

Todos se preguntaban donde se habrían metido los dos involucrados en cuestión, pero allí nadie parecía saber nada, salvo que faltaba un carro familiar.

—Averigüen a donde ha ido ese carro —dijo Russell.

Lysa se quedó petrificada, se habían dado cuenta de la falta del carro, no conocía que eso podría ocurrir, entonces Simon se acercó hasta su prometida y muy bajito le preguntó si ella conocía el paradero de su hermana.

—Sí, no te enfades conmigo, ella se fue, y yo la ayudé. Por Dios, Simon, quieren obligarla a casarse con ese hombre al que nadie conoce —Lysa comenzó a hablar con tono suave, y terminó de decir el resto a voz en grito.

Menos mal que Simon la conocía bien y antes de que nadie la pudiese escuchar la sacó del salón a estirones.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé.

—Sí lo sabes, dime donde está mi hermana, ahora mismo iré a por ella.

—No.

—Lysa, debe venir.

—Ella no quiere, así que, no.

Y en mitad de la discusión más absurda del mundo, apareció Chase Baxter acompañada de Andrew Beaufort.

—Disculpen el retraso —anunció Andrew.

Chase miró a Lysa, y esta clavó sus ojos en ella con incredulidad. Se obligó a apartar la mirada cuando Chase negó la cabeza lentamente. Algo había salido mal.

Los presentes no hicieron preguntas, lo importante es que por fin estaban allí, y la cena que no era otra cosa para Chase que una encerrona, daría comienzo.

Como era de esperar después del último plato, lord Baxter se puso en pie, y haciendo un especial sonido con la ayuda de un tenedor y su copa de cristal logró acaparar la atención de todos, de todos menos la de Chase, la que cerró los ojos esperando sus palabras.

Lysa se llevó una mano a la frente, y Simon colocó la suya sobre el regazo de ella. Era lo que debía ser, y no había lugar para las lamentaciones esa noche.

—Como todos sabéis, la reputación de nuestra pequeña se ha visto ensuciada, pero no es una mala noticia, pues el señor Andrew Beaufort ha accedido a casarse con ella. —Sonreía.

Después de que Russell le diera pie a hablar señalando a Andrew con su mano, él se puso en pie y mirando solo a lady Baxter, hizo algo que nadie esperaba, pues el matrimonio ya estaba más que tratado en esa casa.

—Querida Chase Baxter, aunque no sea común hacerlo de esta manera, yo que siento un fuerte deseo de que nuestro matrimonio sea lo más satisfactorio para ambos, permíteme que sea así como quiero que comience —dijo esas palabras alternando su mirada en ella y también en la madre, para al final dirigirse solo a Chase—. ¿Deseas ser mi esposa? —preguntó.

—No.

Un terrible silencio se formó en el salón.

—¿Te atreves a decirme que no? —le susurró en forma de pregunta.

—Así es.

—Pues lamento decirte que no tienes alternativa —dijo y sonrió él.

—Parece que me estás haciendo un favor a mí, pero algo me dice que el favor es para ti mismo.

—Pecosa, te estoy haciendo un favor —volvió a repetir en tono tan bajo que solo ella lo escuchaba.

—Pues no es necesario. Te eximo de tal obligación.

—Pues ahora acabo de decidir que no será obligación, más bien es una elección.

—Lo ves. No eres un caballero. Si lo fueras, aceptarías un no por respuesta a tu pregunta.

—No debí hacer esa pregunta. Y te recuerdo que en tu posición deberías de aceptar mi petición.

—Mi respuesta sigue siendo no.

Lord Baxter se rascaba la barba mientras miraba a su esposa esperando que ella tuviese solución a lo que estaba ocurriendo frente a todos. No lograban escuchar toda la conversación, pero lo importante sí, y Chase había rechazado la proposición de matrimonio de Andrew Beaufort.

Nada estaba saliendo como se esperaba, pero por suerte Emma, la madre de Chase siempre tenía palabras para llenar los silencios incómodos, y este estaba siéndolo.

—Está bien, volvamos a la cena —giró su cuello para dirigirse al servicio—, pueden servir el postre. Pero el primero no, el segundo.

La vizcondesa había pensado en todo, conocía a la perfección a sus dos hijos, y sabía que Chase no daría su brazo a torcer tan pronto. Así es que mandó hacer dos postres. El primero una tarta de crema y bizcocho, con la que se acostumbraba a celebrar los compromisos, y el segundo, un pastel de chocolate, el preferido de su hija.

No se habló más del tema durante toda la noche, y la despedida fue educada y correcta, o lo hubiera sido si Andrew Beaufort no le hubiera reclamado a la jovencita con la que pretendía contraer matrimonio el dinero de la apuesta ganada.

—No me voy a casar con usted, yo he sido quien ha ganado la apuesta —dijo en la puerta.

—Sus padres la obligan a casarse conmigo, esa era la apuesta. Solo que los dos sabíamos que la última palabra la podría tener usted —le corrigió.

—Si me hubiesen obligado no tendría opción, pero como usted ha podido apreciar, la he tenido.

—Me debe mil libras, recuérdelo la próxima vez que nos veamos, y recuerde esto también, la opción se la he dado yo —dijo Andrew.

Andrew Beaufort era un hombre extraño, pensó Chase Baxter en aquel momento. ¿Por qué le hizo esa pregunta si realmente deseaba casarse con ella? Se quedó pensando por un segundo, y o bien podría ser que él no quisiera ser su esposo, o era un plan pésimo para que ella pensara en lo buena persona que era al dejarla elegir.



En el barrio de Mayfair, dentro de una casa pudiente, dos almas se van a volver a quedar a solas...

Andrew Beaufort se acababa de alojar hacía tan solo un día en una modesta casa en el buen barrio de Mayfair. Tuvo entre suerte y labia al ver a aquellas personas que salían del hogar cargados con maletas y con no muy buena cara. La familia Martens salía de viaje para las Américas por temas delicados, cuando confundieron a Andrew al que casi arrojaron en plena calle, y al parecer se liaron un poco al pensar que podía ser el encargado de asegurarse de que la propiedad estuviese bien cuidada.

La mujer iba cargada con dos niños pequeños en sus brazos, el marido estaba más pendiente de no dejarse nada...

Un despropósito para cualquier otro, una suerte tremenda para él.

Lo primero que hizo al entrar en el que iba a ser su hogar por mucho tiempo fue recostarse en el sillón que adornaba la entrada. Después pensó en dar claridad a la casa abriendo las ventanas, pero lo último que necesitaba era llamar demasiado la atención en el lugar, porque de hacerlo, podrían encontrarlo. Y aunque después de tantos años fuera de Londres, dudaba de si sería reconocido.

Dos horas más tarde, decidió que tenía que hacer algo con ese tema que acababa de poner en marcha. Porque sí, aquella opción que creyó Chase Baxter que le estaba dando la noche anterior cuando le preguntó si deseaba casarse con él, era una simple y llana trampa para que no creyese que se le obligaba al matrimonio.

Abrió su maleta repleta de libras, todo lo que poseía lo llevaba con él, y allí, frente a sus ojos estaban todos los billetes que había logrado robarle al sucio Barret años atrás.

Decidió que emplearía parte del dinero en adecentarse, en contratar algo de servicio para parecer un poco más noble, y en enviar un bonito ramo de flores a Chase Baxter, solo como disculpa por ser tan insistente en la noche anterior.

Reparó también en la competencia, no podía olvidarse de ella. Por el momento el tal Lucius Fitzalan Herbert se había mostrado reticente a la idea de casarse con la señorita, pero él sabía mejor que nadie que cuando aparece un rival, de repente sientes unas ganas irrefrenables de competir, así es que debería de estar atento.

Esa noche no pudo cenar, ni un rastro de comida había en ningún lugar, y cuando las tripas comenzaron a rugir, decidió meterse en la cama hasta que amaneciera. Él ya sabía lo que era el hambre, y la única forma de hacerla llevadera era aquella, dormir.

A la mañana siguiente se despertó algo desubicado, le solía pasar a menudo, y más cuando en tan solo dos semanas había cambiado unas tres veces de residencia.

Escuchó uno sonidos con los que no estaba familiarizado, y después de varios clics, clics, más, giró su rostro hacia la ventana descubriendo lo que podía ser.

Algo estaba golpeando sobre el cristal de la ventana, y se decidió a acercarse para poder ver de qué se trataba.

Se acercó, abrió, y zas, una piedra minúscula le golpeó la frente.

—Demonios, ¿pero qué ha sido eso? —dijo en voz alta llevándose la mano a su cabeza.

Enseguida miró al suelo y allí vio la piedra sobre la madera. Por miedo a ser de nuevo alcanzado, cerró la ventana todo lo rápido que pudo y salió escaleras abajo para ver quien era que intentaba matarlo.

Abrió la puerta con rabia esperando enfrentarse a cualquier niño callejero que disfrutase con intentar romper ventanas, pero al abrir aquella puerta lo con lo que se topó fue con la preciosa lady Baxter.

—Para de una vez de tirar piedras, o haré que te apresen —gritó mientras abría.

—Tiene usted un sueño muy profundo señor Beaufort —dijo Chase.

—¿Usted? —preguntó extrañado, nadie sabía dónde se había instalado aún.

—No creerá que no investigaría a un hombre que casualmente acaba de llegar a la ciudad y por su culpa pierdo mi reputación.

Andrew Beaufort dibujó una sonrisa en sus labios y entrecerró los ojos.

—Ha faltado algo... Con el que me casaré —añadió.

—¡Está loco!

—Bueno, señorita Baxter ¿Y lo que ha descubierto le gusta para convertirse en mi esposa?

—No vaya por ese camino —le amenazó levantando la mano que sostenía una piedrecita.

—Responda, seguro que se lo está pensando.

Chase le lanzó la piedra, pero tuvo indulgencia y apuntó a su pierna.

—Ya ve lo que yo me pienso las cosas —le dijo después de darle.

—Está usted loca, ¿acaso ha perdido la cabeza? Podría haberme hecho daño.

Volvió a lanzarle otra con un poco más de fuerza, pero en el mismo lugar.

—Si lo deseo puedo hacérselo.

Entonces, antes de que lady Baxter cargase su mano con más piedras que llevaba en el bolsillo, Andrew Beaufort la apresó entre sus brazos.

Chase Baxter se asustó al tenerlo tan cerca. No había barajado la opción de que él se defendiera, y aquello no lo esperaba.

Sintió como el cuerpo fuerte de Andrew se apretaba contra el suyo, incluso sus pechos se ceñían de lo más fuerte contra el pecho de aquel canalla, canalla que olía profundamente bien, pensó.

—Suélteme.

—Si promete no volver a tirarme piedras.

Ella apretó fuerte los labios resistiéndose a hacerle esa promesa. Andrew tenía sangre en la frente debida a la pedrada de la ventana, y esta comenzaba a resbalar por su cara. No era demasiada, pero sí lo suficiente como para que al verla lady Baxter sufriera un desmayo.

Andrew la cogió en brazos y la entró a la casa. De nuevo en un lugar deshabitado y a solas, pensó al instante de dejarla sobre el sillón del salón verde. Después fue a buscar un poco de agua para mojarle el rostro y así hacer que volviese en sí, y a los pocos minutos cuando lo consiguió, lo que obtuvo de ella en lugar de un agradecimiento, fue un tortazo.

—Yo también me alegro de verla de nuevo —dijo él apoyando su mano en la mejilla abofeteada.

—Es usted un sinvergüenza, me ha raptado —le gritó.

—¿Usted está bien? Ahora entiendo que su padre quiera casarla tan pronto a la más mínima —continuaba intentando calmar el ardor de la mejilla con la mano.

—Me ha metido en su casa sin mi consentimiento.

—Pero, ¡si estaba desmallada! —se defendió.

—Hágame un favor y limpie su sangre o volveré a perder el conocimiento.

—Pues no sé si lo prefiero —respondió alejándose para curar su herida.



En Mayfair estaba a punto de producirse algo increíble. Un trato no solía darse entre una mujer y un hombre, y menos aún si este lo proponía una mujer

—¿Me va a decir ya a qué ha venido hasta mi casa? —preguntó Beaufort cuando ya estaban más calmados.

—Vine para ofrecerle un trato.

—¿Un trato?

—Sí, ¿no pensará que soy estúpida?

Andrew torció el gesto obteniéndole el beneficio de la duda, y después le ofreció una taza de té que él mismo acababa de hacer.

—No le ofrezco nada más porque los criados están en la compra —mintió.

—No se esfuerce conmigo.

—Está bien, cual es el trato.

—Puedo entregarle mucho dinero a cambio de que usted se haga pasar por mi pretendiente durante la temporada.

—¿Para qué querría usted que yo fuese su pretendiente si no es para terminar casándose conmigo?

—Para casarme con otro hombre.

Muy lista, pensó Andrew.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—Lo suficiente como para que tenga que dejar de contar esa historia absurda sobre las minas de oro que posee en el extranjero. Y no intente negarlo, nadie que fuese tan rico vendría a la temporada para intentar llevarse la dote de una muchachita estúpida.

—Se equivoca conmigo, ya le dije que deseo casarme con una mujer inglesa, por mis raíces, ¿recuerda?

—No insista, ¿hay trato?

—Antes de todo tiene que darme los detalles de cómo hará usted para entregarme ese dinero del que presume que tiene.

—Por Dios, usted sabe cómo yo que no tengo ese dinero, está claro que no soy rica, pero mi padre sí, y le aseguro que estará de acuerdo en entregarme el dinero si logro conseguir el apellido de un caballero para salvar mi reputación.

—Le doy el mío.

—No quiero el suyo. Lo único que quiero es lo que le he dicho, que sea mi falso prometido.

El señor Beaufort le entregó la mano para dejar sellado el trato, y ella aprovechó para impulsarse y levantarse de aquel sillón donde la había dejado.

Cuando Chase Baxter salió de la casa, Andrew solo podía pensar en una cosa, y no era aquel trato que acababan de formalizar. En lo único que podía pensar era en las ganas tan extrañas que le habían entrado de besarla hacía solo unos minutos. En por qué cuando la apresó entre sus brazos había sentido aquello. Andrew sonrió al recordar lo loca que estaba esa muchachita, ¿a quién se le ocurriría lanzar piedras a una ventana para proponer un trato? Volvió a sonreír al imaginarse de nuevo su rostro salpicado en pecas y enfadado, como era lo habitual en ella cuando estaban juntos.

Salió de la casa dispuesto a renovar su estilo, pues un caballero que se precie no debe vestir como si hubiese robado la ropa. De nuevo volvió a dibujar en su rostro una sonrisa, y es que ya cualquier cosa que dijese o pensase le recordaba a la joven Baxter.

Caminó hasta la boutique más próxima y en la misma puerta advirtió un bulto oscuro que obstaculizaba el paso. Pensó en darle una patada para apartarlo, pero de pronto notó que la montaña de ropa se movió, y con cierto reparo lo empujó unos milímetros sin hacer mucha fuerza con su pie.

—¡Ay!

Abrió mucho los ojos, pues lo que verdaderamente esperaba que fuese era un perro abandonado, no una persona.

Se acuclilló para poder ver bien qué le ocurría a esa persona que estaba en la calle tirada y tapada con un montón de ropas. Levantó una gruesa capa de tela, y pudo ver la cabeza de lo que le pareció un muchacho.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó.

—Aquí, ahí, no importa el lugar —respondió el niño.

—¿Vives en la calle? —preguntó Beaufort.

—Sí, señor.

—Andrew, jovencito. ¿Cuál es tu nombre?

—Si me lleva con usted le dejaré que me ponga el nombre que más le guste.

Aquello le sonaba, aquella disposición que demostraba aquel niño le sonaba tanto que le hizo recordar aquellos días en los que él mismo dormía en las calles, robaba para comer, y mendigaba.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Scott, pero me llaman Scotty.

—¿Quién te llama así?

—Ya sabe, los hombres para los que trabajo, pero ahora he decidido que ya no deseo trabajar para nadie, porque si trabajas para alguien tienes que repartir el dinero, y si lo hago solo, todo lo que saque será para mí. Desde hoy seré libre —dijo el jovenzuelo.

—Ven conmigo, Scott, iremos a comer algo.

El muchacho no se lo pensó, se levantó veloz y lo siguió.

Observó al niño durante el camino, y llegó a la conclusión de que no debía de tener más de nueve años de edad. Sus ropas estaban roídas, sus zapatos despegados por la parte de la suela, y las uñas acumulaban más porquería que una granja porcina.

A la vuelta de la esquina se encontraba El sillón del té, y en su enorme ventanal que daba a la calle ya se veían los pastelitos sabrosos que se hacían en el interior.

El joven Scott se quedó pegado al cristal con las manos apoyadas sobre él por algo más de dos minutos, hasta tuvo que salir a por él el señor Beaufort para hacerlo pasar.

Ignoró las palabras de desaprobación de todos aquellos nobles que pensaban que un niño con aquella apariencia no debía de estar en un lugar como era ese, y cuando ya tuvieron la barriga

bien llena ambos, se despidió de todos los presentes con su máxima educación.

—Muchas gracias por el desayuno, señor, ahora me tengo que ir, si llego tarde me quedo sin calles, y calculo que deben ser más de las diez de la mañana, las zonas buenas estarán todas entregadas.

Dio a entender que de nuevo volvería a trabajar para alguien.

—Creí que trabajarías para ti mismo. O eso fue lo que dijiste —le recordó Andrew.

—Sí, lo haré, pero estoy demasiado hinchado como para correr, así es que hoy no puedo esforzarme mucho, y el señor Barret nos paga dos libras aunque no llevemos nada. Diez si le traemos algo, y hasta doce si eso tiene mucho valor.

El niño hablaba y hablaba, y Andrew Beaufort lo había dejado de escuchar al oír el nombre del sucio de Barret.

Le hervía la sangre al recordarlo, era el mayor tunante que había conocido hasta ahora, y no habían sido pocos. Se aprovechaba de la falta de recursos de los pobres para echarlos a la calle a robar, y si alguno quería salir del clan que él había montado, era despiadado, incluso amenazaba con matarle.

—Hoy te quedarás conmigo, yo te pagaré al terminar el día, serás mi ayudante, no, mejor aún, mi mayordomo. Me hace falta uno y aún no lo he encontrado.

—Pero yo no sé qué es lo que hace un mayordomo.

—Deberás de estar en mi casa y esperar a que alguien venga a verme, serás el encargado de recibirles y anunciarme de quien se trata.

Scott abrió mucho los ojos al escucharle, y Andrew sospechaba que fue nada más escuchar que se alojaría aquel día en una casa. Él sabía que los muchachos como Scott no tenían, y en muy raras ocasiones tenían el privilegio de entrar en una casa.

Al llegar a la casa encontró a una señora con ropa de servicio esperando en la puerta. Y antes de que Andrew pudiera acercarse a ella, Scott se adelantó y se puso a preguntar.

A los pocos segundos el muchacho le anunció:

—Señor, la señora Terrence ha sido enviada por los Martens, dice que sus amos tardarán aún muchas semanas en regresar, y se ofrece a cocinar para el encargado de salvaguardar la propiedad.

—¿Y todo eso te lo ha dicho a ti? —Lo miró extrañado.

—Soy un buen mayordomo, ¿cierto?

Rio Andrew.

—Buenos días, estaré encantado de que se una a nosotros, mi nombre es Andrew Beaufort, el responsable del hogar mientras los Martens están fuera, y este pequeño es Scott, se quedará con nosotros un tiempo —le dijo a la sirvienta susurrando lo último.

La señora Terrence miró al muchacho, y como mujer que era y dedicada tantos años al cuidado de niños, miró al cielo al ver toda la mugre que acumulaba sobre la piel.

—Si me lo permite, ¿podría darle un baño al joven?

—Lo mismo estaba pensando, y asegúrese de que se sienta cómodo. Ah, y no se extrañe de nada, creo que jamás ha vivido en un hogar.

La señora Terrence se puso la mano en la boca pensando en las barbaries que podía haber sufrido el pobre muchacho en la calle, en el frío invierno de Londres.

—Lo cuidaré como si fuese mío —aseguró.

Una hora más tarde Andrew se encontraba sentado en el sillón verde, recordando de nuevo el momento en el que Chase Baxter lo había abofeteado, y otra vez la misma sensación absurda de querer volver a verla pronto.

Los rápidos pasos de Scott bajando por las escaleras de la casa lo hicieron regresar de las nubes para centrarlo en el presente, y ver a la señora Terrence correr detrás de aquel muchacho lo hizo reír de verdadera alegría.

—Señor, dígame que no puede ir en calzones por la casa —gritaba fatigada Terrence.

—No conseguiré colocarme ese horrible disfraz de príncipe —decía Scott.

—Por el amor de Dios, déjame vestirme —imploraba ella.

—Jamás me pondré esas calzas... a saber a quién pertenecen, estaban en ese armario repleto de disfraces... —dijo él antes de ser capturado por el brazo de Andrew cuando pasó cerca.

Minutos más tarde el joven Scott vestía como si de un noble se tratase.

—Ahora ya puedes ejercer tu trabajo, y espero que lo hagas bien, porque de no ser así deberé de sustituirte —le dijo Beaufort revolviendo sus cabellos antes de salir por la puerta.



¿Y si los tratos no llegaban nunca a salir como uno esperaba? Quizá este no lo haría, o quizá sí...

Chase Baxter se pasó todo el tiempo que duró su viaje en calesín desde Mayfair hasta Grosvenor Square, pensando en lo que había sentido cuando el señor Beaufort la había apresado entre sus brazos.

Su cuerpo se estremeció al notar el cuerpo musculoso bajo sus ropas, y hasta sus pechos se volvieron sensibles. Sí, los pezones se habían endurecido como si el frío invierno hubiese llegado, por Dios, ¿qué era eso que la hacía sentir aquel hombre?

Contuvo un suspiro al pensar en cómo la había retenido, no le gustaba que utilizasen la fuerza bruta con ella, pero aquello había sido bien distinto, no sintió dolor, fue, ¿excitación? Se abrumó al pensar.

Se volvía loca.

Se estaba volviendo loca de remate.

Al entrar en la casa encontró a su madre y a su padre discutiendo, y el motivo no podía ser otro que la reputación de ella.

—¡Ha perdido la reputación! —gritó su padre.

—Al carajo esas lenguas y todos los ejércitos de ellas que deseen hablar mal de mi hija —la defendía su madre.

—¿No comprendes que la repudiarán?

—Siempre nos tendrá a nosotros.

—Es absurdo que pienses así, es mi hija y la amo, pero sé lo que la sociedad hará con ella.

En el silencio de sus pasos, lady Baxter interrumpió aquella conversación privada.

—No tenéis de qué preocuparos, me casaré —dijo.

—¿Has aceptado la proposición de Beaufort? —preguntó su padre.

—No deseo engañaros, nunca lo he hecho. El señor Beaufort y yo tenemos un trato, él se hará pasar por mi prometido, pero no nos casaremos.

—¿Qué clase de trato es ese? —preguntó enfadado el vizconde.

—Amo a Lucius, y sé que él también me ama. Estoy segura de que cuando me vea de la mano de Andrew, no podrá con la rabia, y será entonces cuando se dé cuenta de su equivocación.

—Cariño, en ocasiones los planes no salen como uno espera, me da miedo que sufras si finalmente no ocurre lo que desees —dijo la madre acariciando el rostro joven y delicado de su hija.

—Estoy segura de que es lo que sucederá, no te preocupes madre —le respondió sujetando su mano—. Y ahora celebremos nuestro compromiso, todo deben saber que la hija del vizconde

acudirá a cada baile de temporada de la mano de Andrew Beaufort, su prometido —dijo sonriente.

La ironía era cada vez mayor.

Chase Baxter sentía que no podía borrar aquellos ojos tan oscuros de su memoria, pensó que debía ser ilegal tener unos ojos tan perturbadores, con ese poder de hipnotizar, y de repente se preguntó cómo sería besar esos labios. ¿La besaría con los ojos abiertos?

Se golpeó en la frente cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando. Y bajó al vestíbulo decidida a dar un paseo por el parque Hanover.

Por más que intentaba no pensar en aquel hombre culpable del problema que tenía encima, más le venía su imagen a la cabeza. Así que se dirigió a la puerta, y maldiciendo entre dientes el nombre de Andrew, se lo topó de frente.

—¡Maldición! —espetó asustada.

—Buenos días a usted también, milady —pronunció él con una sonrisa ladina en su rostro.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Imaginé que necesitaría de mi presencia para comunicar a su familia sobre nuestro compromiso.

—Ya está hecho.

—Me temo que las cosas no son así, y si nuestro compromiso fuese real —lady Baxter le cubrió la boca con su mano—, no lo hubiese hecho de esa forma —terminó de decir con cierta dificultad al tener la boca tapada.

—Si alguien se entera de nuestro plan estoy perdida, ¿lo entiende? —dijo apartando la mano de su boca.

—Huele usted de maravilla —olfateó un poco acercándose a ella.

—Ni un centímetro más o le abofetearé la cara.

—Vaya acostumbrándose a mis arrumacos.

—¿Arrumacos?

—Sí, deberá de comportarse como una dama enamorada.

—Los dos sabemos que no todo el mundo se casa por amor.

—Pues a mí me gustaría pensar que sí.

—Permítame que me ría, no sabe lo que es el amor, y dudo mucho que algún día lo descubra —dijo Chase levantando su barbilla.

—Solo le digo que se prepare para un beso.

Aquello que dijo el señor Beaufort le hizo dar un respingo.

¿Había dicho un beso? No, no, no. Un beso jamás, ¿por qué debían darse un beso?

—No.

—¿No me puede dar un beso?

—No veo que sea necesario. Además jamás he dado uno.

No era mentira, porque aunque Lucius insistía a menudo en besar a la muchacha, ella siempre repetía que guardaba los besos para después de estar comprometidos.

Tenía gracia, tanto tiempo sin dar ni tan siquiera un beso para que nadie pudiese pensar mal de ella, y de repente su reputación perdida al caerse a un pozo y ser rescatada.

—Mejor —dijo él.

—¿Mejor? Seguro que usted ha besado a cientos de mujeres y en cambio prefiere que yo no haya besado a ninguno.

—Mírelo por el lado bueno, alguno de los dos sabemos lo que hay que hacer —dijo y le guiñó un ojo.

—Es usted desesperante.

—Y ahora, vayamos a hablar con sus padres.

—No pierda su tiempo, mi padre ya está al corriente de nuestro acuerdo.

—¿Por qué lo ha contado?

—Para asegurar su pago cuando todo haya funcionado.

Andrew Beaufort entristeció el rostro, y a Chase le extrañó un poco, porque eso era lo que quería él, su dinero, ¿no?

Cuando la mesa estuvo colocada, los invitados preparados, y los involucrados juntos en la mesa esperando al resto, fue que dio comienzo la cena de compromiso, pero en esta ocasión sin problemas.

Nadie hubiese dicho que aquello era una pantomima. Sonreían, bromeaban, e incluso se vio como el joven Andrew sostenía la mano de la señorita Chase en más de dos ocasiones durante la cena.

Y cuando por fin el pastel idóneo para aquella cena estaba en los platos de postre sobre la mesa, Andrew Beaufort se puso en pie y tiró de la mano de la joven Chase para que lo acompañase.

—Querida —sonrió—, hija para ambos —miró a los vizcondes—, perfecta hermana —ladeó la cabeza mirando a Simon Baxter—, esta vez deseo que todo salga bien. Y que todos digan de ti, mujer feliz, eso es lo que yo quiero que seas, mi esposa, y poder hacerte feliz. —Miró entonces a los ojos de Chase— ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó.

A la joven en ese momento le tembló hasta el bordado de su vestido. No conocía esa sensación, y menos en aquel momento, a sabiendas que lo que estaba ocurriendo era una farsa.

—Lo deseo —respondió.

Y allí se quedaron un rato, hasta que después de que el tiempo considerable para la ocasión hubiese transcurrido, la madre de la muchacha dio unas sonoras palmadas al aire.

—Creo que este es el momento de marcharme —dijo Andrew.

La joven decidió ir tras él para despedirse en la puerta después de que él lo hiciera con su familia en el salón.

—Hasta pronto —dijo ella.

—¿No me vas a besar? —preguntó él.

—Ya te dije que nunca he besado a un hombre.

—Está bien, pues lo haré yo.

Lady Baxter se humedeció los labios de manera disimulada para que cuando se unieran con los de Andrew los notase húmedos y no ásperos y secos como los sentía ella todo el tiempo.

El rostro de Andrew se acercó lentamente al de ella, y cuando estuvo muy cerca, cerró los ojos para que aquel beso fuese perfecto, su primer beso, pensó.

—Chase, ya puedes abrir los ojos —dijo Andrew sonriendo.

No la había besado.

Se sintió estúpida, porque estaba segura de que él le había dicho que la besaría en los labios, y no en la mejilla como había hecho.

—Buenas noches, veo que lo nuestro va a ser más difícil de lo que imaginaba —le dijo enfadada.

—No crea está todo calculado.

Así era, el señor Beaufort lo tenía todo planeado, y aquel beso fallido solo era algo más que formaba parte del plan de él. Dicen que lo bueno se hace esperar, y para que ella llegase a desear ese beso tanto como él lo hacía, tendría que esperar un poco más.

Mientras se alejaba de la casa Baxter se preguntaba si tal vez en un futuro no debería de escribir todas aquellas artimañas que conocía para obtener lo que quisiera de las mujeres.



El engaño era el arte de los tramposos, y aquí había uno, y bien instruido

La familia de los jóvenes Baxter estaba demasiado ocupada durante la temporada, porque casar a un hijo ya trae trabajo duro para una madre, pero si en lugar de uno, todo se convierte en el doble, bien se podía imaginar la gente que aquella labor era increíble.

El primer baile de temporada daba lugar Grosvenor Square, en la casa Pembroke como venía siendo habitual desde que el conde de Pembroke falleciera, y su hijo en su memoria iniciase la temporada en los años sucesivos.

Aquella fatídica noche, Chase Baxter se encontraba más nerviosa de lo que nadie esperaba, porque el amor de su vida iba a poder verla de la mano de otro caballero. Era la noche donde todo se pondría a prueba, ahí sería cuando ella vería si el joven Lucius se mostraba incómodo de verla acompañada por Beaufort.

Dos horas completas con todos sus minutos y segundos habían pasado ya, y el conde de Pembroke no había hecho presencia en su propia fiesta.

—Me marcho —anunció ella a Andrew.

—No hemos bailado todavía.

—Ni lo haremos, ¿no ves que él no está?

—No importa, todos hablarán de nuestro baile, y después llegará a sus oídos.

Estaba claro que Andrew era más que un simple pillo, y no dudó en poner aquella excusa para conseguir el baile.

—Espero que sepa bailar y no me pise.

—Siempre puedo cogerla en brazos y evitar eso de lo que tiene tanto miedo.

—No he dicho que tenga miedo, pero recuerde que mi pie todavía no está en perfecto estado.

—No tiene de qué preocuparse.

Chase no estaba segura de que aquello que decía fuese verdad, pero a ella misma se le había ocurrido aquel trato y tenía que conseguir que funcionase, así que le ofreció la mano y él la sacó a la pista.

El vals más bonito que sonaba en los bailes acababa de comenzar, y empezó a bailar imaginando que Lucius la miraba rabioso.

Cuando terminó la música, Andrew se acercó un poco más a ella, y Chase dio un leve respingo, pues no contaba con esa aproximación delante de tantas personas.

—Bésame —le pidió Andrew.

—Está usted loco, no lo haré delante de todos.

—¿Y si él le estuviese mirando?

Aquella pregunta hizo que Chase abriese mucho los ojos, y al segundo los cerrase para

preparar sus labios y recibir ese beso.

Ella no estaba del todo segura de lo que debería de sentir en ese momento, pero tenía que ser algo bueno.

Y tan bueno, pensó.

Muy bueno, volvió a pensar.

Acababa de besar a un hombre por primera vez y lo que había sentido era algo inigualable. Un ardor en sus mejillas, un revoloteo implacable de mariposas en el interior de su estómago, y algo parecido a una descarga de corriente que la atravesó desde la nuca hasta su mismísimo sexo. Y todo eso lo había sentido frente a cientos de personas.

—¿Aún nos mira?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser?

—No lo sé, ¿a quién se refiere?

—Al conde de Pembroke, ¿a quién si no?

—No lo he visto en toda la noche.

—Pero si hace nada, me dijo usted que...

Acababa de darse cuenta del engaño. Andrew lo único que quería conseguir de ella era ese beso, y jugó bien sus cartas para obtenerlo.

Chase alzó la mano en un gesto titubeante decidida a darle un bofetón como muchos ya dados sobre aquel rostro, pero la voz de Andrew la detuvo.

—Sin reputación y grosera —dijo él—, eso será lo que todos digan de usted. Yo creo que el joven conde no querrá una esposa de esa índole.

—Eres un mezquino, me has besado a través del engaño.

—Yo diría que no te ha resultado nada desagradable.

—¡Y tú qué sabes!

—No diré lo que sé, porque podrías añadir a mi lista de adjetivos alguno un tanto equivocado.

—¿Libertino? Ya está encabezando la lista.

Lucius apareció en el baile, y cuando ambos se cruzaron, ninguno de los dos se llevó la impresión esperada el uno del otro.

Chase elevó ligeramente su barbilla para mirarle de reojo, y Lucius que ya la había divisado antes, justo después del beso, evitó mirarla haciendo ver que no le importaba.

La rabia se acumuló dentro del pequeño cuerpo de la joven Baxter, y cuando estuvo lo suficientemente lejos del conde, ya afuera en los jardines, dio un grito que pudo escucharse hasta en el cielo.

—No sucumba, es pronto —dijo Beaufort desde atrás.

—¿Sabe usted que me dijo que me amaba? No, cómo lo va a saber, si no nos conoce de nada.

—Pues no parece que todavía lo haga.

—Lo dijo el día de antes de caer a ese maldito pozo.

—Pues entonces la engañó. Nadie que ame a una mujer pierde el amor a los pocos días.

—Es todo por su culpa.

—Yo también creo que ese pozo tuvo toda la culpa.

—No. Por la culpa de usted. Es toda suya.

—¿Hubiese preferido morir dentro de ese pozo y conservar la idea de que él la ama, a continuar con vida y darse cuenta de que era mentira?

—¿Por qué piensa que no me ama? Claro que me ama, y se lo demostraré. Cuando venga en

unos días a pedir mi mano usted verá todo lo que me ama.

Andrew Beaufort se quedó callado, porque de haber dicho lo que él creía, lo único que hubiese conseguido hubiera sido otro bofetón como los que acostumbraba a recibir por parte de la señorita Baxter.

Después de un par de minutos, él se atrevió a hacer sonar su voz.

—Y ahora, ¿nos divertimos? —propuso.

—¿Qué hay más divertido que un baile? Y ya hemos bailado.

—Ya veo, le demostraré lo divertida que puede llegar a ser la noche, a pesar de no estar en un baile.

Andrew se la llevó de aquella aburrida fiesta en la que solo se esperaba de ella bailar unos cuantos bailes más, y con suerte antes de que terminase la velada, los sirvientes les ofrecieran un poco más de comida.

No muy convencida de ello se subió al carro de caballos que su propia familia les había puesto para que pudiesen asistir a casa del conde, pero esta vez para alejarse de allí y detenerse a las puertas de una terrible posada en la que como ella imaginaba, en el interior solo habría hombres, y pocas o ninguna mujer.

—¿Me ha traído a una posada de mala muerte?

—No se deje engañar por su aspecto, y atévase a seguirme.

—Esto es un despropósito.

—Verá qué bien se lo pasa.

—Eso si con suerte no me violan dentro.

—Está conmigo, no dejaré que nada malo le ocurra.

La verdad es que estaba fascinada por la seguridad que Andrew le aportaba. Aún desconocía si era cierto que se comportaría como un honorable caballero, pero la curiosidad le hizo dar pasos detrás de él.

Al entrar en el lugar sintió un tremendo miedo, pues estaba oscuro, no olía todo lo bien que deseaba, y había mujeres, sí, pero tampoco de las que acostumbraba a ver.

Andrew se acercó a la barra de la taberna, y desde allí estiró su brazo para que ella también lo hiciera atrayéndola junto a él.

—No pretenderás comer nada que se sirva en este antro.

—Quedarías fascinada si lo hicieses tú también.

Chase puso cara de asco.

Era tarde, ella no acostumbraba a estar lejos de casa a esas altas horas de la noche, él en cambio se sentía como en casa en lugares como ese y a esas horas.

Cuando llegaron los platos ocupados de un bistec grasiento, y adornado con patatas y una salsa desconocida impregnándolo todo, Chase retiró la silla hacia atrás dándole a entender que jamás se metería eso a la boca. Andrew se rio y comenzó a comer todo lo que tenía frente a él.

—Debería de probarlo —dijo con la boca llena.

—¿Sabe? Antes creía que usted era tan solo un ladronzuelo de poca monta, pero ahora pienso que además de eso es un vikingo. Solo le falta comer con las manos.

Andrew la miró perplejo durante un segundo, y después le guiñó un ojo y se remangó las mangas de su camisa para coger las patatas con sus manos y comérselas. No siendo suficiente con eso, después se chupó cada uno de los dedos saboreando el sabor.

—Lo siento, no puedo con esto, me marchó ahora mismo, usted verá como regresa, mi carro se viene conmigo.

—¿Se va antes de lo divertido?

Y fue terminar de decirlo, y como si lo hubiesen escuchado, el telón de un escenario al fondo se abrió dando paso a cuatro mujeres que comenzaron a bailar mientras enseñaban sus calzas levantándose las faldas.

—¿Esto es divertido para usted? —se asustó.

—No, no, no me refería a eso —rio exageradamente.

De nuevo algo más cambió, pero en esta ocasión las luces se encendieron y las mesas antes repletas de botellas y vasos de licor fueron pasando a ser vestidas con tapices verdes y elegantes cartas de juego.

—¿Juego de cartas? —dijo ella asombrada.

—Me temo que sí, pero si tampoco es un plan divertido nos marcharemos.

—Está usted de broma, nos quedamos, vaya que sí, pero ni una palabra a mi padre sobre esto, o entonces sí me temo que me quedaré soltera de por vida, porque usted, mi único pretendiente será decapitado si se entera de que me ha traído hasta aquí.



Dicen que las malas acciones en ocasiones salen caras. Si no es en ese momento después, porque el castigo o recompensa divina se ocuparía de devolver el equilibrio de las cosas

La noche no les fue mal, de hecho les fue inmejorable. Aunque a Chase le había costado un poco de tiempo entender que Andrew estaba haciendo trampas, era una mujer muy avispada, y enseguida supo disimular un desmollo cuando uno de los hombres que estaba siendo saqueado debido a las trampas se empezaba a dar cuenta de la artimaña de la pareja.

Poco tardaron en desaparecer subidos a ese carro.

—Has estado sensacional, no esperaba que fueras tan inteligente —le dijo Beaufort entre risas.

—O te seguía el juego o me veía rodeada de hombres de reputación dudosa, y tú después de recibir una paliza poco podrías hacer por salvarme de ellos.

—Te equivocas.

—¿Sí?

—¡Aja!

—¿Me dirás que no hacías trampas?

—Oh, sí, claro que sí. Te equivocas en que los hombres eran de dudosa reputación. Sois las damas las que tenéis reputación, aunque no todas, como ya sabes.

Aquello embraveció a Chase como un mar en una noche de tormenta, y se puso en pie dentro del carro para arremeterle un bofetón.

Andrew se asustó tanto al ver su rostro tan encolerizado que no tuvo otra forma de evitar aquello que echándose sobre ella para evitar que pudiera moverse.

El carro iba en marcha y el lacayo no pudo sortear unas leves piedras del camino, las que fueron suficientes para que en el interior se desestabilizasen un poco, y finalmente acabasen muy pegados el uno del otro.

Chase se vio obligada a detenerse, y Andrew aprovechó el momento tan íntimo del que disfrutaban que le robó un beso de sus labios.

—¿Acaso eres un violador? Deberías de saber que puedo denunciarte.

—Hazlo, pero hazlo después de besarme, porque sé que lo estás deseando.

—Si te besara no sería porque lo deseo, es más bien para practicar el beso, así cuando me bese con Lucius sabré bien cómo hacerlo.

Sin embargo cuando el beso se produjo, se alargó más de lo que suele durar un beso en prácticas, y eso lo sabía bien Andrew.

Los jadeos de Chase durante aquel significativo beso, hicieron que él se excitase al máximo, y de no ser porque ella era una muchacha bien avenida, hubiese tratado de seducirla en aquel

carro para dar por finalizada tal pasión. Pero no lo hizo, la deseaba mucho, era cierto, pero empezaba a verla de forma diferente.

Separó los labios de ella y se vio obligado a mirar al suelo del carro.

—¿Ocurre algo? —preguntó Chase.

—Nada.

—¿Lo he hecho mal? —insistió.

—No, no, ha estado usted fabulosamente bien.

—¿Entonces a qué es debida esa cara?

—Es solo que usted...

—¿Qué, qué pasa?

—Pues que el conde de Pembroke no la merece, es usted una mujer increíble, y —respiró hondo antes de continuar hablando—, malgastará su vida con un hombre como ese.

—No se atreva a hablar de él, usted no le conoce.

Al poco algo les detuvo en el camino de regreso a casa de los Baxter.

—Iré a ver qué sucede —dijo Andrew apeándose.

Era de noche, y lo que Chase Baxter más temía desde que era una niña era ser asaltada por bandidos en la noche.

Al poco el silencio se rompió con el ruido de la portezuelo abriéndose para subir de nuevo Andrew.

—Hay un problema, algunas piedras del camino han dañado una rueda del carro, no podemos llegar hasta su hogar en estas circunstancias.

—Pues dile al cochero que monte un caballo y vaya a mi hogar a por otro carro.

—Los caballos no van provistos de silla de montar.

—¿Y qué se le ocurre?

—Mi casa está aquí cerca, creo que será mejor idea que los tres nos hospedemos en ella esta noche. Mañana por la mañana veremos qué hacer.

—Debe de creer que soy una mujerzuela de esas con las que acostumbra a revolcarse en cualquier granero de poca monta. Jamás dormiré en su casa.

La dejó sacar toda esa verborrea que acostumbraba a tener preparada para él, y después bajó del carro, y anunció que se iban.

Andrew Beaufort no mentía cuando dijo que su hogar se encontraba muy cerca, al menos no en la distancia, porque suya no era aquella casita preciosa del barrio de Mayfair.

—Hemos llegado —anunció poniendo un pie sobre el primer escalón de los cinco que lo separaban de la puerta.

Como buen mayordomo, el pequeño Scott, al escuchar la voz de su amo, abrió la puerta.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —le regañó Andrew.

Enseguida bajó las escaleras la señora Terrence.

—Disculpe señor, me quedé dormida y el muchacho es muy travieso para tenerlo controlado todo el tiempo.

—Yo no necesito una niñera —se defendió Scott.

Chase Baxter miraba atónita desde la puerta a aquel trío tan extraño.

—Si no necesita de mis servicios, señor —dijo Scott tirando de la chaqueta de Andrew—, yo me retiro a mis aposentos, debo descansar o no creceré lo necesario.

Una risita se escapó de la boca de Chase, y aquello le sorprendió a Beaufort, porque esa era la primera vez que la escuchaba reír en su presencia.

—Creía que Chase Baxter no tenía sentido del humor.

—Chase Baxter tiene muchas cosas —se defendió.

—Menos reputación —le increpó.

—Señor Beaufort... —pronunció enfadada.

Acto seguido le sujetó la mano, porque ya conocía sus movimientos, y los bofetones de la jovencita eran dolorosos.

La señora Terrence acompañó a Chase Baxter a una de las alcobas de la casa, y después al poco más de una hora también acomodó al lacayo que había llegado después de ellos.

Andrew no hizo otra cosa durante aquella noche que no fuera pensar en lo bonita que era aquella mujer que dormía a solo dos alcobas de distancia, y en lo que le había hecho sentir cuando escuchó sus risas.

Por otro lado, la joven Baxter no pudo pegar ojo, esperando que el señor Beaufort atravesara aquella puerta en la noche. Pero él no actuó como un simple hombre que se deja llevar por el pecado de la carne, habían hecho un trato y lo llevaría a su fin, aunque comenzase a pensar que no era la mejor de las ideas.



Esconder la verdad aunque para muchos era una mentira, no lo era en esta ocasión

Cuando Chase decidió salir de su alcoba fue porque los primeros rayos del sol acababan de atravesar el cristal de su ventana. Ella no había pegado ojo en toda la noche, pero tampoco quería que nadie lo supiese, así es que ni quería bajar la primera a tomar el desayuno, ni volverse loca de remate encerrada en aquellas cuatro paredes.

Varios segundos se quedó en la puerta de la alcoba que pertenecía a Andrew, preguntándose qué debería hacer, ¿entrar, tocar a la puerta, esperar a que él saliese?

Se decidió, entró a la alcoba de Beaufort sin tocar a la puerta como aviso, después de hacerlo el corazón le dio un vuelco al pensar en lo que podía haberse encontrado tras ella. ¿Y si hubiese estado desnudo? Agradeció que no fuese así, pues estaba dormido.

Y ahora, ¿qué debía hacer? ¿despertarlo? Pues era lo que más deseaba en ese instante, pero no le conocía lo suficiente como para saber cómo reaccionaría.

Se sentó a los pies de su cama, sí, tampoco estaba muy segura de que esa fuera la forma correcta de hacer las cosas, pero ya había entrado, y en cualquier caso, si decidía salir ahora, lo más probable era que alguien la viera hacerlo, incluso él mismo.

Tuvo la curiosidad de mirarle el rostro, y se inclinó un poco sobre la cama para ver cómo dormía, pero sobre todo lo que más ansiaba saber era si al verlo con los ojos cerrados sentiría aquello que le hacía sentir su mirada.

Suspiró al verlo.

Aquel hombre era perfecto, aun siendo un truhan, era perfecto. Sintió algo de furia en su interior al decirse para ella misma que cuando Andrew Beaufort se casara con una mujer, esta sería la más afortunada del mundo. Pues él era divertido. ¿A qué hombre se le ocurre llevar a una señorita a una partida ilegal de cartas? Seductor. Solo había que mirarle a los ojos y ponerse frente a él para darse cuenta. Valiente. Vaya, eso saltaba a la vista cuando hacía tratos, pero sobre todo se preocupaba por quien tuviese a su lado. Y aunque en las últimas horas había descubierto que también era padre de un niño tan descarado como él, no entorpecía ninguno de las cualidades que él poseía.

—¡Lady Baxter! —dijo con voz ronca.

—Muy buenos días, disculpe mi atrevimiento, no debí entrar.

—¿Desea algo?

—Pues la verdad es que me sorprendió mucho que tuviese un hijo y me lo ocultase.

—Mintió, ella no había entrado buscando esa explicación.

—Mmm...

—No me lo diga, no es su hijo. Deje de esforzarse en mentirme. —Lady Baxter se puso en

pie para salir de la alcoba.

—No te vayas —le pidió él.

—¿Sabe algo? Odio a los hombres que ocultan a sus vástagos, haga el favor de comportarse bien con el pequeño. Me marcho porque imagino que tendrá que vestirse, y no quiero estar aquí cuando lo haga.

Ella salió de allí ruborizada, y con la respiración acelerada.

Al cabo de unos minutos estaban sentados alrededor de una pequeña mesa situada en la cocina, todos.

A Chase le extrañó que la señora Terrence, el lacayo de su padre, el pequeño y recientemente conocido como Scott, hijo de Beaufort, él mismo, y ella, estuviesen sentados tomando el desayuno juntos. Pero que le extrañase no quería decir que le resultase incómodo, todo lo contrario, era acogedor, era como estar en familia, no era la suya, pero le daba la impresión de que aquellas personas eran buenas.

—Señor, ¿cuándo termina mi trabajo con usted? —preguntó el muchacho.

—¿No te parece justo lo que te pago? —dijo Andrew.

—Oh, sí. Más que justo, por eso quiero saber cuándo se termina mi dicha.

—No te preocupes por eso, no volverás al lugar donde estabas. Me las ingeniaré para que continúes conmigo.

Chase los miraba incrédula. Su hijo le llamaba señor, ¿y le pagaba? Aquello era de locos, pensó.

Terminaron el desayuno y Beaufort se levantó haciendo alusión a que deberían de ponerse en marcha. Alquilarían un coche de caballos para llevarla de regreso a su hogar, y más tarde se encargaría de reparar el de su familia.

Cuando la joven Baxter cayó en la cuenta de que los caballos habían sido abandonados a su merced en plena noche, en el camino, se puso nerviosa.

—¿Cómo hemos podido hacer eso? Los habrán robado —dijo inquieta.

—No se preocupe señorita, están a buen recaudo. Yo mismo me encargué de ello. Antes de que usted bajase del carro un buen amigo cruzó su carreta en el camino, él mismo fue quien regresó a por los caballos. No se me ocurriría dejar animales atados a un carro inmóvil en la noche —le dijo el lacayo.

La muchacha respiró tranquila.

—Y ahora, vayamos a su casa. Sus padres deben de estar preguntándose donde ha pasado la noche —dijo Andrew.

—Oh, sí, se deben de haber vuelto locos buscándome por toda la región —dijo Chase.

—No lo creo. De ser así, la hubiesen encontrado ya —la corrigió Beaufort.

—Mi familia no es como cualquier otra. Mi familia me está buscando incansablemente —espetó Chase malhumorada.

—¿Apostamos?

Chase recordó la última apuesta que hizo con Andrew, no le salió todo lo bien que ella esperaba, así es que negó sutilmente con la cabeza.



En ocasiones los príncipes azules con los que soñamos son solo eso, sueños...

Chase Baxter tenía miedo de atravesar la puerta de la casa, no por el temor a la reprimenda de sus padres, era más bien por el miedo de verles allí parados, cada uno en sus quehaceres. Sin buscarla.

Intentó de todas que Andrew la dejase allí frente a la casa y que él se retirase, pero no funcionó, Beaufort sentía la misma curiosidad que ella en saber si aquella familia era tal y como la describía su prometida, aunque falsa, pero su prometida.

—¿Dónde te has metido toda la noche? —dijo su padre con cara de desaprobación.

—Eso, ¿dónde estabas? —apareció Lucius detrás del vizconde.

La sorpresa de ella fue exagerada, pero la de Andrew mucho más. Aunque lejos de retirarse como Chase esperaba, fue quien dio las explicaciones oportunas al padre de la señorita, que era quien preguntaba. Porque a Lucius, lo ignoró.

—Discúlpeme señor. Tuvimos un problema de regreso a su casa. El carro no podía continuar, y mi casa se encontraba a solo unos cientos de pasos del lugar. Vi oportuno pasar la noche allí.

La mirada de Russell Baxter, padre de la muchacha se tornó pacífica, y podría decirse que medio dulce al cruzar la vista con su hija.

—Gran caballero, hija. No tengo la menor duda de que sabrá hacerte muy feliz.

¿Lo decía en serio? ¿Era una artimaña de su padre para provocar a Lucius?...

—No corramos tanto, nadie conoce al señor Beaufort por aquí, hice mis averiguaciones y nadie sabe quién es, a qué familia pertenece, ni las tierras que dice que le pertenecían en el pasado se sabe donde se encuentran.

Chase Baxter se mostró complacida con sus palabras. Lucius se estaba preocupando por ella, y eso era lo que necesitaba ver.

—No me conocen porque no soy hombre de escándalos. ¿Es usted muy conocido por aquí? —le lanzó un dardo envenenado.

—A mí me conocen en todas partes. Vengo de una buena familia, no sé si se puede decir lo mismo de usted. Y con respecto a pasar la noche fuera del hogar —miró a Chase en ese momento en el que hablaba—, parece que no has aprendido a cuidar la reputación, o al menos la poca que te quede.

Chase se entristeció después de escuchar a Lucius. Bajó la cabeza, y se marchó corriendo escaleras arriba para encerrarse en su dormitorio y caer sobre la cama a llorar. Cada vez veía más lejos ese acercamiento que tanto deseaba con el conde de Pembroke.

—No es usted un caballero que sepa hablar a las señoritas. Hágame un favor, no vuelva a hablarle de esa manera a mi prometida. En su vida, conde. —Le lanzó una mirada cargada de

odio y después de darle los buenos días al padre de Chase salió de la casa de los Baxter.

Cuatro horas más tarde, Chase se despertó aún somnolienta. La noche anterior no había conseguido dormir nada, y cuando se tumbó en su cama con la lloradera a causa del conde, se quedó dormida al instante.

Le costaba enfocar, sus ojos estaban hinchados. Se frotó con fuerza, y lejos de solucionar el problema, estropeó un poco más la visión.

Aún se sentía muy agobiada al recordar las duras y feas palabras que Lucius había pronunciado, pero ella no perdía la esperanza de que pronto se diera cuenta de que la amaba.

Chase no dejaba de soñar con esa vida que compartiría como la señora de Lucius Fitzalan Herbert, pero después, inmediatamente su mente era ocupada en el hombre que le había salvado la vida. Aunque ella a los segundos, se repetía con fuerzas, que le había robado la reputación. Esa que ella tanto cuidaba. Ni tan siquiera un beso había dado, y la reputación la perdió, como aquella vez que perdió su muñeca, la que nunca volvió a recuperar.

Cuando por fin pudo enfocar bien con la vista, bajó para encontrarse con su padre, necesitaba saber por qué Lucius había acudido en la mañana a su casa.

El vizconde se encontraba sentado, con la mirada perdida, enfocada en una taza de té, que por lo que parecía estaba ya frío.

Chase carraspeó con fuerza antes de acercarse más a él. Este giró su rostro para mirarla. Su pequeña, la niña pequeña de su casa, y ahora marcada por el escándalo de su reputación. Bien sabía Dios que todas las decisiones que estaba tomando aquel hombre eran para que ella tuviese una vida de felicidad, y no quedara soltera y marcada.

—Hola, padre. ¿Puedo preguntar a qué vino Lucius?

Chase se sentó frente a él.

—Nada importante, hija —mintió, como ya acostumbraba a hacer con lo que se refería al conde.

—Puede ser sincero con su hija, padre. Además dentro de poco tiempo seré una mujer casada, ya no estaré a su cargo. Dígame a qué vino.

Chase tomó las manos de su padre con cariño.

El vizconde cogió aire para que le insuflara fuerzas suficientes y se animó a hablar.

—Vino a pedir tu mano.

¿Cómo?

¿De verdad?

Esas fueron algunas de las preguntas que Chase se hacía para sí misma. Su rostro se volvió alegre, esperanzador, sus ojos brillaban, y sus labios dibujaban una enorme sonrisa.

Al poco llegaron las otras preguntas.

¿Por qué me trató así?

¿Se arrepintió?

¿Por qué no me pidió matrimonio?

Ella sola se respondió a todas esas preguntas. No había que ser muy lista para hacerlo, pero además de que ella lo era, la expresión de su padre también ayudó un poco.

—Soy estúpida, he desaprovechado la oportunidad de poder casarme con él. No merezco ser feliz, merezco quedarme sola, dedicarme a la instrucción de niños. Eso es. Suelen decir que las solteras son las mejores institutrices del mundo.

Chase hablaba entre llantos desoladores, hasta que su padre abrió la boca.

—Ese hombre no te merece. No merece tenerte a su lado, ni tan siquiera merece estar en la misma sala y respirar el mismo aire que tú.

Estaba enfadado.

Chase se levantó de su asiento, se secó las lágrimas con la manga de su vestido, y le dio un beso en la cabeza a su padre. Él era una figura importante en su vida, era mucho más que su padre, era su camarada, su protector, y su ejemplo a seguir.

De camino al jardín se cruzó con su madre. Se le veía cansada, con los cabellos desechos, las ojeras marcadas, y como no, con su enorme maletín colgado de una de sus manos.

—Buenos días madre, imagino que nuestro deseo familiar de que deje de meterse en problemas está por llegar aún.

—Oh, hija, deberías de haberles visto la carita. Han sido preciosos, dos niños idénticos, con su piel rosadita, unos ojos grandísimos, y han pesado cada uno casi tres kilos. Una barbaridad. Alguien tenía que ayudar a la pobre Sena, ¿no crees?

Así era. Sena era una arrendataria de los Baxter. Vivía en una de las humildes casas cerca de la propiedad, y al parecer el año anterior el entusiasmo de la reciente boda les hizo encargarse un par de bebés. Y la pobre muchacha la noche en la que Chase durmió fuera, se había puesto de parto. Su marido, corrió campo arriba hasta llegar a casa de los Baxter. Emma Baxter era conocida en toda Londres por sus conocimientos de medicina, y el futuro padre de esos niños no sabía a quien acudir.

—Enhorabuena madre, ahora debes descansar. —Le acarició el rostro con el dorso de su mano, y después le besó la mejilla.

—Recuerda, esta noche es el baile en la mansión Fullerton.



Mansión de los Fullerton, otro baile más de la temporada, pero no un baile sin más

Y así fue que la noche del baile de los Fullerton llegó.

Chase vestía radiante, su vestido era color cobre, y los detalles en oro blanco resaltaban a la luz de forma escandalosa, pero eso no era lo único que hacía especial aquella noche a la pequeña Baxter. Su madre le había colocado sobre su esbelto cuello un collar de diamantes, herencia de la abuela de la muchachita, y a la que no pudo conocer por fallecer antes de que fuese engendrada.

Cuando lady Baxter hizo su entrada en el baile de aquella temporada, en la que no era debutante, que se sepa bien alto. Todos, todos los que allí se encontraban miraron a la joven escandalizados con su presencia. Si hubiese sido la temporada en la que la joven debutó, tendría que haberse sacado de encima a decenas de caballeros interesados en ella. Pero ahora, sin reputación todo cambiaba.

Sin reputación o con ella, una cosa estaba clara. Seguía siendo la joven más bonita de por allí.

¿Lucius? Sí. Él se encontraba también, y cuando la vio, un nudo en el estómago se formó, pero ni si quiera él mismo sabía descifrar si era por amor, o por ira.

¿Andrew? También. A este se le dibujó de forma inmediata en la cara una sonrisa enorme. No se detuvo en los detalles de su atuendo, solo la miraba a los ojos. Y en ese momento se sorprendió dejando escapar un suspiro.

—Enhorabuena. Se lleva usted a una mujer excepcional. Y yo dudo mucho de que haya perdido la reputación, eso debe de ser un chisme que anda correteando por las calles de Londres. Lady Baxter siempre ha sido una muchachita muy inteligente, y no creo que eso de lo que se habla sea cierto.

La señora que estaba a su lado parecía saber bien de lo que hablaba, y de forma casi instantánea se encontró con la respuesta a sus terribles dolores de estómago cada noche. Se había enamorado. Se había enamorado de su falsa prometida.

No dejó pasar más tiempo y se acercó a su prometida (aunque de mentiras) para darle la bienvenida al baile. Justo cuando estaba a unos pasos de ella, un caballero se interpuso en su camino, y tomándola de la mano la separó del resto.

Lucius Fitzalan Herbert, conde de Pembroke, ese horrible hombre era quien se había llevado a Chase Baxter.

Andrew miraba tratando de encontrar sentido a lo que acababa de suceder. Chase se mostraba complacida, sonreía, se contoneaba como cualquier mujer cuando disfruta de la compañía de un hombre.

Los dos supuestos enamorados disfrutaron de una conversación agradable podría decirse en

la terraza de la casa. No estaban solos, porque aquello sería un despropósito para Chase. Una mujer sin reputación, comprometida con Andrew Beaufort, y a solas con el conde de Pembroke no era algo que pudiese permitirse ella.

¿El objetivo de esa noche? No estaba claro lo que Lucius buscaba. Sí lo que Chase creía querer. Y Andrew Beaufort acababa de descubrir lo que sentía por su prometida (aunque falsa).

No llegó ni a una hora lo que estuvieron fuera aquellos dos jóvenes, aunque a Andrew se le hizo eterno tener que esperar cerca del ventanal la entrada de lady Baxter.

Lysa Benedict y Simon Baxter acababan de hacer su entrada en el baile. Y después de saludar a los más de veinte nobles que se acercaron a ellos para felicitarles por su compromiso, pudieron tener un momento de distracción. Lysa vio a lo lejos a Andrew Beaufort, y no dudó en acercarse para saludar a aquel hombre tan mezquino que había robado la reputación (aunque falsamente) de su futura cuñada.

—Qué honor poder disfrutar de su compañía —dijo Lysa levantando una ceja y sin un ápice de alegría en la frase.

—El placer es mío —Andrew tenía su mirada en otro lugar que no en la señorita Lysa, y ella se dio cuenta al poco tiempo—. ¿Me haría un favor? —Se atrevió a pedirle, sin mirar a su cara desde luego.

—Veamos, ¿en qué puedo ayudar?

—Traiga a lady Baxter aquí, sepárela de ese hombre desmerecedor de su compañía.

—Vaya. Qué divertido es usted.

Lysa captó toda la atención de Andrew con aquellas palabras.

—¿Puede por favor separarla de ese egoísta y sucio hombre?

—Ese hombre del que habla de esa forma, debería de saber que es mi hermano. Hermanastro.

Lysa lo miraba, aunque él no apartaba la vista de la pareja que conversaba en la terraza. Y justo después de escuchar la relación del conde con la señorita que tenía a su lado, se pudo ver como tragó saliva para digerir su metedura de pata.

—Pero deje de preocuparse, hombre. Mire, ya vienen hacia aquí.

—Lysa, qué alegría verte. ¿Te encuentras bien? Mi madre me dijo ayer que de nuevo estabas indispueta. Vas a tener que dejar que te haga una revisión tu futura suegra.

—Oh, sí, ya estoy mucho mejor, fue solo una indigestión. Ya sabes lo que me gustan las tartas. Y cambiando de tema —hizo una leve pausa para captar toda su atención—, el señor Beaufort creo que tenía algo importante que decirte, estaba impaciente por que entraras.

Chase sonrió, y a Lysa le extrañó. ¿Cómo de cambiado estaba aquello? La última vez que ella estuvo al corriente, ni Chase soportaba la idea de pasar un minuto junto a él, ni Andrew parecía más interesado en ella que en su dote.

—Necesitaré hablar en privado con mi —hizo tal énfasis en esa palabra, que todos le miraron—, prometida.

—No tardéis demasiado, debo de pedirle algo a Chase —dijo Lucius, y Andrew se temió lo peor.

¿Ahora le pensaba pedir matrimonio? ¿Qué clase de broma era aquella? Era el castigo divino por tantos años de ladronería. Eso pensó, que su castigo llegaba en forma de mujer.

Beaufort perdió la compostura y estiró de la muñeca de la joven Baxter para que fuese con él. Entraron a una especie de almacén, y él cerró la puerta dando un sonoro portazo, algo que dejó a la muchacha algo desubicada.

—¿Puede explicarme, señor Beaufort a qué se deben sus modales? Me acaba de separar del amor de mi vida. No debe de haberse dado cuenta de que he pasado con él casi toda la noche, y

lo que dijo antes de que usted me trajese hasta aquí... ¿No lo ha escuchado? Debe de estar sordo. Quiere pedirme matrimonio, estoy segura de ello. Ha resultado, Andrew, nuestro plan ha salido tal y como esperaba.

Emocionada era quedarse corto para describir el estado en el que se encontraba la joven Baxter.

Andrew se detuvo un segundo para intentar digerir todo lo que la mujer que tenía frente a él estaba diciendo. ¿Ella lo amaba? ¿Cómo era posible que no viera lo que él veía? ¿por qué le resultaba tan difícil darse cuenta de que Lucius estaba jugando con ella?

Se armó de valor y acercándose a ella hasta no dejar espacio entre los dos cuerpos, la apresó por la cintura con una de sus manos y con la otra le acarició su suave rostro salpicado por esas pecas que él creía que incluso cerrando los ojos podría recordar donde se situaban cada una, y le dijo:

—Te amo.

Lady Baxter se sobresaltó. El corazón creyó que le dio un salto, y hasta tuvo que colocarse su mano en el pecho debido al susto. Tragó saliva como si con aquello pudiera digerir lo que acababa de escuchar salir de la boca de aquel hombre que tenía frente a él.

—Recuerda que esto era un trato. Me imagino que estás teniendo una confusión, eso es, estás confundido. Debes de estar creyendo que me amas, cuando en realidad es lo que quieres hacer creer a todos.

Lo dijo, sí, aunque no sabía por qué pero lo dijo.

Andrew clavó sus ojos en ella, y aunque lo único que deseaba en ese momento era besarla, reprimió sus deseos, soltó el amarre de su cintura, y se separó prudentemente.

—Ve con él, es lo que deseas, sal de aquí antes de que alguien pueda sorprendernos, yo tardaré en salir para que nadie sospeche. Y sé feliz. Sé todo lo feliz que mereces.

Chase Baxter miraba a los ojos hipnotizadores de Andrew, no sabía el motivo por el que todavía no se había movido de su lado. Por una parte deseaba salir y que se hiciera realidad ese deseo que ella tenía desde niña. Casarse con Lucius. Por otro lado, desde hacía muy poco tiempo estaba experimentando lo que era la felicidad sin estar todo el tiempo dispuesta a complacer a nadie. Solo siendo ella misma, dejándose llevar.



El rival había llegado, sí, en una buena lucha siempre hay uno, y en esta batalla por conseguir a una bella dama, Lucius Fitzalan Herbert sabía bien qué armas escoger...

Chase salió del almacén dudando de ella misma, sus pasos eran cautos, porque no sabía a ciencia cierta si deseaba de verdad que pasase lo que estaba a punto de pasar. Se preguntaba si tal vez, la idea de que Lucius pidiera su mano, la había idealizado tanto en su cabeza en el pasado, que se había acostumbrado a pensar en él y con el tiempo su interés se había perdido. No lo sabía, era difícil decidir en ese momento si era lo que quería o no.

¿Por qué la vida era tan perversa?

¿Por qué aquello que estaba a segundos de pasar no había ocurrido hacía dos años?

¿Por qué Andrew Beaufort tuvo que rescatarla de aquel pozo? ¿Por qué Andrew tuvo que existir?

Detuvo sus pasos, cerró los ojos, y pensó en él. Giró su cuerpo para comprobar si le seguía, pero no estaba. Era posible que todavía estuviese en aquel almacén.

¿La amaba?

¿Era cierto que la amaba?

Sin darse cuenta una sonrisa se dibujó en su rostro, y después sintió un claro deseo —de eso estaba bien segura—, de abofetear su cara.

Dio la vuelta, caminó sobre sus pasos y regresó al almacén del que había salido, pero ya no estaba.

Fue entonces cuando regresó al lugar que le pertenecía en aquel baile, junto a Lysa, Simon, y Lucius. A pesar de no estar vistosamente feliz, sabía disimular francamente bien. Su cabeza andaba en otros lares, pero ella se mostraba participativa todo el tiempo en las conversaciones.

La petición de mano estaba por llegar aún, pero ella en cambio no sentía mariposas en el estómago revoloteando. Nada, ni tampoco se le aceleraba el corazón cuando por descuido la mano de Lucius se rozó con la suya, y tampoco cuando sus ojos se cruzaron.

¿Qué ocurría? Era el cansancio, sí, estaba agotada, solo había conseguido dormir unas cinco horas como mucho después de haber pasado la noche en vela.

Lucius se acercó hasta ella, le susurró algo en el oído, y Chase sonrió. Estaba a punto de ocurrir, le acababa de avisar para que estuviera preparada. Tenía que captar la mayor atención posible, de ese modo nadie quedaría con la duda de quien era el prometido de lady Baxter.

—Querida —dijo gritando casi—, esta noche tan bonita como tú lo estás hoy. —Clavó su mirada en su cuello—. ¡Te han robado el collar!

El conde de Pembroke gritó aún más al anunciar el robo.

Chase Baxter se echó la mano a su garganta, y fue entonces cuando se percató. Miró al suelo

imaginando que se habría soltado de su cuello y estaría en algún lugar de la sala.

—No seas ingenua, no se te ha perdido —dijo Lucius al observar cómo enfocaba la mirada en el suelo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó asustada.

—Ese malhechor de Beaufort te lo ha robado —afirmó.

Ella no daba crédito a sus palabras, no veía a Andrew capaz de hacerle tal cosa. Así que negó con la cabeza.

Los anfitriones acudieron tan pronto como pudieron al escuchar los gritos, y después de mantener una conversación calmada pidieron a todos los presentes que fueran saliendo para comprobar si estaba sobre el suelo como Chase creía.

Después de poder comprobar que ni rastro de la joya estaba en la propiedad, Lucius aprovechó el momento en el que la música se había detenido. Sacó a Chase donde todos esperaban curiosos de saber sobre el collar de lady Baxter, y pidió la mano de la joven.

Qué controversia, pensó Chase. Si ella ya estaba comprometida. ¿Cómo se debía de actuar en esos momentos? ¿Podía una muchacha, fuera de buena familia o no, romper un compromiso para comprometerse con otro hombre? De nuevo pensaba en lo complicado que le resultaba todo.

—¿No está mal visto aceptar tu ofrecimiento cuando ya estoy comprometida? —preguntó en un susurro.

—Es un ladrón.

—Pero no se ha demostrado todavía que lo sea, no estoy tan segura de ello.

—Pues mira —dijo, y señaló a dos autoridades que sostenían a Andrew Beaufort por ambos brazos.

—¿Andrew? —preguntó Chase al verlo.

—Yo no he tenido nada que ver con eso —intentó defenderse.

Chase Baxter estaba confundida, no era capaz por sí misma de entender lo que estaba pasando allí.

—Señorita, lo hemos encontrado en el camino, estaba claro que trataba de escapar con el botín —dijo uno de los hombres abriendo su mano y dejando ver el collar de Chase.

—¿Tú?

La multitud del salón comenzó a llenar el silencio incómodo. Aunque los susurros y los comentarios poco delicados hacia Andrew Beaufort no eran mucho más agradables que aquel silencio.

—¿Me conoces? —preguntó Andrew clavando sus ojos en los de Chase.

No lo sabía. Tenía frente a ella a un hombre que hasta ese momento creía conocer, pero verle allí, delante de todos, sostenido de ambos brazos por la autoridad, culpándole de ladrón, e incluso con la joya como muestra. No sabía que creer conocer de él.

Dio un paso y todos se sorprendieron de su actitud. Ella intentaba conservar la calma, e ignorar al resto, pero después de dar el siguiente de sus pasos en dirección a Andrew otras voces de sorpresa volvieron a oírse.

—Callaos de una vez —dijo Chase mirando a ambos lados.

Aquella también era una de sus cualidades, saber qué decir en cada momento. Aunque en este no tuviese tan claro lo que quería decirle a Andrew.

Llegó a la entrada de la casa, donde Andrew y aquellos dos soldados lo apresaban, y le miró a los ojos.

—¿Me has robado? —le preguntó.

—Ofende hasta la duda, pero si lo necesitas, te responderé.

—Hazlo.

—No.

Chase apretó fuerte los labios, creía que decía la verdad, pero estaba decidida a hacer lo que estaba a punto de hacer. No por esto, sino por haberle dicho que la amaba y después marcharse de aquel almacén.

Andrew seguramente en ese momento pensó que Chase Baxter mandaría que lo soltasen, o al menos le diría que le creía. No. No ocurrió nada de eso, lo que sí que pasó fue la mano de la joven frente a su rostro para después estamparse contra su mejilla.

Un suspiro de sorpresa llenó de nuevo la sala.



*De regreso a Mayfair
Un favor a cambio de otro favor...*

A Andrew se lo llevaron, le interrogaron, lo encarcelaron durante tres largos días, y después fue puesto en libertad. Eso sí, todo gracias al vizconde de Hertfordshire, padre de lady Baxter.

Pocas veces se había equivocado Russell con las personas, muy pocas o ninguna, y si él creía que un hombre era bueno, movería tierra y cielo para sacarlo de la cárcel.

Costó unos días que su buen amigo el coronel Thomas Edward pudiese intervenir en ese asunto, pues había algo oscuro que no le dejaba averiguar lo que realmente sucedió con Andrew. El tema del robo más o menos estaba claro, pero la forma en la que los guardias apresaron al joven, era algo que chirriaba demasiado. Supuestamente, la captura había sido minutos después de saber de la ausencia del collar sobre la garganta de la joven. Y el señor Beaufort ya se encontraba a cierta distancia del lugar... ¿Cómo habían tardado los guardias tan poco en encontrarlo?

Bueno, aquello era más bien tema de las autoridades, y si algo turbio había, el coronel trataría de aclararlo cuanto antes.

—Muchas gracias señor, aunque no se estaba tan mal ahí dentro. Salvo por la humedad, y la escasez de higiene... La comida era generosa.

Andrew estaba agradecido con el vizconde. Y le propuso pagarle el favor con lo que él quisiera. Cualquier cosa que le pidiera haría por él.

—Separa a mi hija del conde.

—¿Por qué yo? —Detuvo su paso en dirección a la salida.

El sol estaba a punto de darle en la cara, él ansiaba el calor sobre su piel, pero se quedó mirando al vizconde a en lugar de continuar caminando.

—Os he visto juntos. He podido disfrutar de vuestras miradas. Tengo que reconocer que hacía mucho que no veía a un hombre mirar así a una dama. Hasta he perdido la cuenta de los años que hace que no veía algo así. —El vizconde divagó un poco y después continuó—. Si alguien puede separar a Chase de Lucius, ese eres tú.

—No he podido ver yo esa señal, señor. Lo lamento creo que se equivoca.

Estuvo muy cerca de contarle la confesión que le hizo a Chase poco antes del escándalo, pero se contuvo. ¿Podía rebajarse más un hombre? Ya le había dicho lo que sentía, no hacía falta gritar a los cuatro vientos que ella lo había rechazado.

—Está bien, pero recuerde esto. Ella va a ser muy infeliz estando al lado de un hombre al que no ama, y usted tiene la oportunidad de complacerla.

—¡Por Dios! ¿Pero no se da cuenta usted que no tengo nada que ofrecerle? Además de mi

amor, nada tengo. Soy un embustero, un farsante, un mezquino, incluso podría ser más desdichada a mi lado que al lado de ese conde de poca monta. Olvide que algún día me crucé en el camino de su familia, olvide que me enamoré perdidamente de su hija, pero no olvide a su hija, y sálvela usted mismo de ese hombre insensible.

—¿Cree que me ha engañado? —se mofó.

—No sabe de lo que hablo, señor, tengo prisa. —Comenzó a caminar.

Andrew tenía cosas importantes de las que ocuparse, debía de averiguar si Scott se encontraba todavía con la señora Terrence, si los verdaderos dueños de la casa habían regresado ya de su viaje, y sobre todo, poner la vista en otro lugar. En este no pasaba desapercibido ya, y su forma de ganar dinero estaba seguro de que no funcionaría allí.

Al parecer solo había cambios para él, porque lo demás estaba todo tal y como lo había dejado. Scott seguía siendo su mayordomo, la señora Terrence cuidaba de la casa y del muchacho, y los propietarios del hogar, aún andaban de viaje.

Quizá nadie más había notado los cambios salvo él. Bueno, lo más probable es que nadie se sintiera diferente salvo él. Andrew Beaufort tenía el estómago contraído desde que salió de la cárcel donde estaba preso por robar una joya que ni recordaba haberla visto antes. Ni en el cuello de Chase ni en ningún otro lugar.

La cena parecía estar deliciosa para todos, en cambio él solo la probó y jugó con la cuchara dentro del plato paseándola por cada lugar de la porcelana. Sí, Andrew estaba cambiado.

—¿Qué le ocurre amo? —dijo Scott.

—No soy tu amo, deja de llamarme así o tendrás que empezar a comportarte como un sirviente. ¿Es lo que quieres?

—¿No lo soy? —preguntó el pequeño.

—Pero, si no me obedeces nunca, como ibas a ser un sirviente. Lo que tenemos que empezar a pensar a qué escuela acudirás.

—Yo no necesito escuelas ni libros, sé todo sobre la vida que debo saber.

La señora Terrence y Andrew se miraron intentando ocultar una sonrisa.

—Pues mañana mismo me podías hacer un favor. Sí, creo que eres la persona idónea para ello —dijo Andrew.

—Lo que usted desee, mi amo.

—No vuelvas a decirlo —le riñó.

—Lo que desees, Andrew.

—Mejor.

—Y ahora, cuénteme. Cu-én-ta-me —lo dijo despacio para no equivocarse.

—Mañana en la mañana, te acercará a la oficina de correo postal, y entregarás esta carta. Solo debes de poner la dirección. Pregunta también lo que cuesta, te daré cinco peniques por si acaso —le dijo Andrew inventando aquel recado.

Lo cazaron. Sí, sabían que ni leer ni escribir, ni contar monedas sabía.

—Eso es demasiado trabajo para un muchacho que dice que no es su sirviente —intentó escapar.

—Está bien, pues solo acompañame por si de regreso me pierdo —dijo la señora Terrence al muchacho.

—Iré a la escuela, pero para perfeccionar lo que ya sé, no crean que tienen a un necio viviendo con ustedes bajo el mismo techo.

—Jamás hubiésemos pensado eso de ti —dijeron los dos mirándose.

La puerta de la calle sonó con fuerza. La golpeaban, y a juzgar por los golpes, parecía que lo

hacían con un hierro.

—Voy —dijo Scott.

—Detente. —Se levantó Andrew para evitar que el niño abriera.

—Pero yo soy el mayordomo.

—Quedas relegado de ese puesto —le respondió casi en la puerta.

Andrew abrió la puerta y de forma rápida se apartó de ella, pues aquellas no era formas de llegar de visita a una casa.

—¡Viejo amigo! —lo sorprendió aquel hombre con aspecto descuidado.

—¿Qué haces aquí? —respondió Andrew.

—¿No vas a invitar a tu amigo Barret a tu casa? Bueno, tu casa por el momento, ¿no? —La voz ronca de Barret era tan reconocible que Scott que este se escondió de inmediato al escucharla.

—No creo que sea buen momento.

—Pues devuélveme lo que me corresponde y no volverás a verme.

—Jamás tendría nada que fuera tuyo.

—Ya lo creo que sí —Asomó su cabeza por el hueco de la puerta buscando.

Scott era el más pilluelo de todos los ladrones que Barret tenía en esa organización de ladrones que barría las calles de Londres. Era rápido, tenía labia, era persuasivo, y no tenía miedo de nada. Así es que Barret había notado su ausencia en gran manera. Y no se conformaría con un abandono. Menos aun cuando le dijeron que se hospedaba con un noble caballero en el barrio rico de Mayfair.

Tuvo que ir él mismo para comprobar con sus propios ojos qué posible relación podía tener un joven ladronzuelo con un caballero. Y cuando descubrió que el que había sido su mejor aprendiz, había regresado a la ciudad, esperó a que estuviese en casa para reclamar lo que creía propio.

—Barret ni se te ocurra poner un pie en mi hogar, o puedes darte por muerto.

Andrew era un tipo medianamente pacífico, pero en lo que se refería a Barret, aquello era otro tema.

Él se había ocupado de Andrew desde que cumplió los seis años de edad, fue adoptado por un matrimonio que resultó ser falso y que lo entregó a Barret Crane a cambio de una gran suma de libras esterlinas. Así era como Barret lograba llenar las calles del viejo Londres con ladronzuelos dispuestos a llenarle los bolsillos a él.

No era fácil trabajar para él en aquellos tiempos, pues el tiñoso Barret había descubierto que con el estómago lleno corrían poco, y que el que quería meterse algo a la boca traía sus bolsillos cargados de cosas ajenas.

Esos fueron los peores diez años de Andrew. Los peores sin duda.

—¿Ya no te acuerdas de todo lo que he hecho por ti? Te saqué de aquel internado en el que estabas preso, y te di un oficio.

Barret apoyaba sus manos sobre su gorda y redonda barriga. Debía de estar comiendo bien, pensó Andrew al vérsela.

—Scott no se irá contigo, puedes volver al agujero del que has salido. Este niño es libre y no le obligarás a robar.

—Conmigo no se juega, Andrew creía que lo sabías. Me marchó, pero ves pensando en separarte del joven Scotty, mis ingresos se han visto reducidos desde que no está.

Andrew cerró la puerta de forma brusca y después de mirar por la ventanilla situada al lado de la entrada, comprobó que ciertamente se alejaba de la fachada de su casa.

Llegó hasta el salón donde antes de ir a abrir se encontraban la señora Terrence y Scott, pero el muchacho se había marchado.

—¿Dónde ha ido? —le preguntó a Terrence.

Ella todavía sentada en el mismo lugar en la mesa, señaló justo debajo de sus piernas.

Andrew se agachó y levantó el mantel con cuidado para comprobar que estaba allí, y cuando lo encontró, tiritaba de miedo.

—Sal, ven aquí.

El pobre muchacho hasta se había orinado encima.

Andrew que se dio cuenta enseguida, le pidió a la señora Terrence que se retirase del salón, y ocupó él mismo su lugar en la silla. Tenía justo a Scott delante de sus piernas. Se había dado la vuelta y le miraba como si fuese un animalito asustado.

Andrew simuló beber agua, y le derramó todo el vaso encima de su pantalón. A propósito, claro.

—Oh, qué torpeza la mía, ¿podrás disculparme? Deberías de subir a cambiarte de pantalones o me temo que puedes acatarrarte.

Nadie debería de pasar la vergüenza de ser descubierto de esa guisa, ni tan siquiera un niño de su edad.

Le dio espacio y tiempo suficiente para que se terminara de asear, y después llamó a la puerta de su alcoba, quería decirle algo.

—Adelante —dijo Scott.

—Quiero que sepas que te voy a proteger siempre, ¿me oyes? —dijo Andrew entrando en la alcoba del joven y mirando al suelo.

—¿Incluso cuando se case con esa señorita a la que una noche trajo a dormir?

—No digas bobadas, Chase Baxter se casará pronto con el conde de Pembroke.

—¿Usted la ha rechazado? —dijo Scott haciendo reír a Andrew.

—Esto no funciona así. Una señorita no suele pedir la mano de un caballero, pero no, yo no la he rechazado.

—Pues pida su mano.

—Ya lo hice.

—¿Lo rechazó?

—No, aceptó mi mano.

—Vaya, sí que es difícil la vida de los adultos. Ella acepta un compromiso, pero se casa con otro caballero... Creo que no voy a querer nunca hacerme mayor.

Andrew Beaufort le dio un abrazo a Scott, le revolvió los cabellos de forma enérgica, y después le dijo que tenía que acompañarle. No lo dejaría un segundo a solas mientras Barret siguiera cerca.



En el hogar de los Baxter, entre el engaño y el amor...

Sin duda en otro lugar del mundo hubiera podido encontrar refugios para salvaguardar la vida del joven Scott, pero en Londres no conocía a nadie, ni aunque se hubiese marchado a Whitechapel donde se reunían el mayor número de bandas de delincuencia hubiese podido darle un escondite mejor que el que acababa de ocurrírsele.

—Te voy a llevar a un lugar donde vas a estar a salvo, Barret no imaginará nunca que puedas estar allí.

—¿Dónde? —preguntó curioso Scott.

—Lo verás cuando lleguemos.

Al llegar frente a los escalones que separaban a Andrew y Scott de la puerta de aquel hogar donde vivía esa familia tan diferente al resto que él conocía, sintió un nudo en la garganta.

—Golpea la puerta —ordenó a Scott.

—¿No vas a venir conmigo?

Andrew no respondía, porque si la puerta la abría otra persona que no fuera del servicio de los Baxter, lo más probable era que saliese corriendo de allí.

—Buenas tardes, señor Beaufort —dijo el mayordomo con una memoria intachable.

—Hola, dígame al señor Baxter que me cuide al muchacho, volveré dentro de unos días a por él.

—No tan rápido —dijo lord Baxter.

Había escuchado a su mayordomo pronunciar el nombre de la visita y no dudó en salir a toda prisa para evitar que se marchase.

—Señor, tengo algo de prisa, es un buen niño, no le dará problemas —dijo Beaufort.

—No ha debido de escuchar bien a mi amigo lord Baxter —salió hablando del interior de la casa el coronel Thomas Edward.

—¿A ocurrido algo? ¿Por qué está él aquí?

Andrew creyó que el coronel había ido hasta allí para ocuparse de algún altercado.

—¿Está bien Chase? —preguntó alarmado.

—Pase joven, en realidad poco tiene que ver con la familia Baxter, más bien con usted.

Andrew se encogió ligeramente de hombros, miró a Scott y ambos entraron.

¿Qué estaba pasando? El coronel que le había puesto en libertad estaba allí y quería hablar con él. Otra vez de nuevo surgían problemas, y justo en el peor de los momentos para él, pues debía de encargarse de Barret antes de que fuera a buscar a Scott o tratara de hacerle daño.

Una señora con el rostro amigable tomó a Scott de la mano, después de preguntarle si deseaba comer algún dulce. Más tarde lord Baxter los invitó a su despacho alegando que allí

estarían más cómodos y nadie les molestaría. ¡Por Dios! Beaufort estaba deseando que le molestaran, y si era la hija del vizconde, mejor. Pocos días habían pasado desde aquel infortunio, pero la ausencia de pecas en los rostros de la gente se empezaba a echar en falta.

—Díganme ya de una vez qué hago yo aquí, esto empieza a incomodarme, ¿acaso me va a detener? —dijo Andrew.

—El coronel Thomas ha descubierto algo. Pero relájese, ha venido en calidad de amigo, y creo que le interesa escucharle.

—Usted no robó el collar del cuello de lady Baxter —afirmó el coronel.

—¡Claro que no! —exclamó.

—Sé que no fue usted, pero todavía no he descubierto quien lo hizo.

Andrew pensó que no tenía nada que hacer allí, pero sorprendentemente acababa de ponerle en su mano el vizconde un vaso de licor.

—Dígame, ¿alguien estuvo cerca de lady Baxter aquella noche? —preguntó el Cornell tratando de hacer averiguaciones.

—A decir verdad, conmigo estuvo poco tiempo aquella noche, pues el conde de Pembroke fue quien ocupó gran parte de la velada.

El coronel Thomas y lord Baxter se miraron de una forma más que curiosa, y después el vizconde levantó una ceja,ladeó la cabeza, entrecerró sus ojos y lo dijo.

—Lo sabía.

—Así parece, buen amigo.

—Él pretendía separar a Chase del señor Beaufort, y lo hizo de la forma más rastrera que existe —dijo el vizconde.

—No creí que Lucius fuese malvado —dijo el coronel.

—No lo es, es solo... él no sabe perder. Y se ha tomado esto como si se tratase de un juego.

—Es mezquino, es el peor adversario que alguien pudiese tener, y juro por mi vida que me encargaré de que Chase sepa la verdad —espetó furioso Andrew.

—No tan rápido —el coronel lo frenó—, antes de culpar a alguien debes tener pruebas suficientes, o todo se puede volver en tu contra. Además de que su título de conde siempre será considerado a tener en cuenta. Ya me entiende, sus privilegios no son los mismos que los de un hombre como usted.



*Grosvenor Square,
Hogar del conde de Pembroke*

A casi un millón de millas de distancia entre ellos y el amor verdadero...

Chase Baxter no hacía otra cosa que no fuese discutir con su prometido (en este caso, el prometido real).

Los preparativos para su boda estaban tan adelantados que podrían casarse en cualquier momento, incluso aquella misma tarde.

No encontraba a Lucius por ninguna parte. Había llegado a su casa en Grosvenor Square con la intención de pasar un bonito día en su compañía, pero parecía que de nuevo iba a resultar infructuoso.

Chase se cruzó con Lucius justo en el momento en el que ella había desistido en esperarle, y él regresaba a su hogar después de un día de negocios.

—¿Recuerdas quién soy? —dijo ella con retintín.

—Chase, estoy cansado como para jugar ahora.

—Lucius Fitzalan Herbert —pronunció para que se detuviera—, llevas días ignorándome. Hasta me atrevería a decir que me esquivas.

Lucius se acercó hasta ella, y le quitó importancia a su comentario.

Chase sabía que algo le ocultaba, aquello estaba más que claro, pero ¿el qué?

—Vuelve a tu casa, mañana te recogeré para ultimar los detalles del enlace. Tu madre debería de prepararse también.

—¿Qué es lo que me escondes?

El conde dio un respingo y dejó a la vista que Chase estaba en lo cierto.

—Tengo el anillo —dijo para desviar la conversación.

Chase vio que Lucius sacaba del interior de su chaqueta una cajita pequeña, y antes de que lograra sacar lo que en su interior escondía, ella cerró los ojos.

—Creo que es mejor que lo vea por primera vez el día de la boda —dijo Chase.

—¿Es acaso una de esas estúpidas cosas de superstición? ¿leyes que existen en las familias? ¿de verdad crees en esas cosas?

—Te pido que guardes el anillo si lo has sacado de su caja —gruñó Chase.

—Puedes abrir los ojos, no lo verás si no es lo que deseas.

—Y ahora dime, ¿estás seguro de querer ocultarme algo? Para mí sería como una mentira.

—¿Qué?

—Pues que comenzar en un matrimonio con una mentira...

Lucius la miró dudoso.

—¿Hay algo, verdad? —preguntó ella.

Entonces el conde, se acercó hasta Chase Baxter, guardó la cajita de nuevo en el interior del bolsillo de su chaqueta, y besó la mejilla de la joven.

—¿Te robó Andrew Beaufort la reputación aquel día?

¿Cómo había sido capaz de preguntar eso? Estaba claro que el día que ella contó lo que había sucedido, o no la escuchaba, que lo dudaba, o no creyó ni una palabra de lo que dijo.

—No creo que te sirva una respuesta, si no estabas allí para verlo me temo que creerás lo que la gran mayoría diga.

Se fue.

Chase empezaba a lamentarse haber elegido a Lucius como su futuro esposo. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de Andrew, intentaba no preocuparse por lo que le habría sucedido, pero era difícil. No quería preguntar a ningún miembro de su familia, pero la curiosidad venció.

Así que Chase se dirigió a su hogar, y nada más llegar notó algo diferente, no sabía qué, pero estaba segura de eso.

Hasta que lo vio. Scott estaba en su casa. ¿Qué estaba haciendo el hijo de Beaufort en su hogar?

—¿Acaba de llegar? —le preguntó a la cocinera que no dejaba de meterle pasteles en la boca, uno detrás de otro.

—Se quedará unos días con nosotros. Está muy flaco. ¿No cree que está extremadamente flaco? Hay que hacerle engordar —decía la cocinera mientras preparaba más pasteles.

—Creo que su peso es correcto, y deja de darle dulces o le causarás una enfermedad —dijo Chase.

—Señorita, recuerde que he criado a dos niños. Este niño está muy flaco —dijo de nuevo.

A Chase lo único que le importaba era saber si el niño había llegado allí de la mano de Andrew o había sido entregado por mensajería. Así que con el afán de conocer la respuesta, se dirigió al despacho de su padre, él debía de estar al tanto de todo.



Cuando para alguien el amor que le ofrecen es más que suficiente... para otro una vida no se mantiene tan solo de amor...

Andrew estrechaba la mano del coronel en la puerta del despacho del vizconde con un gran pesar en su interior. Conocía quien había sido el culpable de que lo encerrasen aquellos días, y no podía hacer nada para que todos supiesen la verdad. Después se despidió del anfitrión, y salió del lugar con cierta prisa.

Las prisas no son buenas, recordó esas palabras que alguna vez había escuchado salir de alguna boca.

Las prisas...

¿No eran buenas?

Estas sí lo eran.

Chase Baxter acababa de chocar contra él. Con su cuerpo. El que acababa de sentir un escalofrío de placer.

—¿Andrew?

—¿Señorita Baxter?

Y de nuevo aquellas dos almas que estaban predestinadas a encontrarse una y otra vez se tenían enfrente. Mirándose a los ojos. Unos tan claros como el azul del océano, y los otros tan oscuros como aquel destino incierto.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Chase.

—Vine a dejar a Scott, necesito que le cuiden por un tiempo —cerró los ojos brevemente—, más bien que lo protejan.

—¿De quién hay que protegerlo?

—Es algo bastante complicado. —Se miró las manos nervioso—. Y largo de explicar.

Ella le miró y pudo ver algo que todavía no había podido percibir en él. ¿Miedo? ¿De qué tenía miedo? ¿A quién tenía miedo? Y sintió un impulso del que no pudo escapar.

Le besó.

—Lady Baxter... —susurró Beaufort mientras todavía tenía los labios de ella pegados a los suyos.

—¡Oh, Dios mío!

Recuperó la compostura. La cordura. Se apartó un par de pasos de su lado, y aquella magia que antes había sentido como una atracción, desapareció dejándolo todo frío.

¿Qué había hecho?

Intentó respirar calmada, mejor dicho intento respirar, pero después de lo que había sentido en ese beso era casi imposible.

—¿Me has besado?

—Lo siento, ha sido sin... querer —dijo finalmente.

—Me has besado.

—Ya he dicho que lo siento.

—Eso no arregla nada.

—¿Qué quieres que haga? No tengo una máquina del tiempo para poder echar atrás estos minutos que han pasado...

—¿Ha sido un error?

Empezaba a desesperarse. Chase no se arrepentía de aquel beso, pero Andrew lo hacía todo más difícil. Por que si no quería que le besara, solo tenía que haberse apartado, haberla rechazado, incluso podía haberla empujado.

—A la vista está que sí.

—Pues entonces debes de pagar por tus errores.

—¿Todo lo soluciona usted con dinero?

Andrew Beaufort dio dos pasos al frente, la tomó por su cintura con ambas manos, y después acercó su boca a la de Chase. Juntó sus labios con los de ella, y emitió un sonido más que complaciente. También subió una de sus manos por su espalda y acarició toda la piel que tenía al descubierto. Entonces se escuchó un gemido por parte de ella.

—Este era el precio de su error, señorita Baxter.

—¿Cuántos errores debo cometer para que mi castigo se repita?

—Me temo que hasta aquí llegan nuestras deudas. Usted se ha comprometido con el conde, y yo aunque no esté de completo acuerdo con ello, también sé que es lo mejor para usted. Poco más que esto que acabo de entregarle es lo que puedo aportar a su vida.

Andrew Beaufort la dejó con la palabra en la boca y se marchó en busca de Barret.



Chase Baxter también era conocida por ser una jovencita muy terca, pero eso solo lo conocía los miembros de su familia

Cuando a la temprana edad de ocho años la niña dijo que quería montar a caballo, su padre se negó al completo. Nunca una hija suya montaría a los lomos de una bestia infernal tan pronto, dijo el vizconde dando un fuerte golpe sobre la mesa aquel día. Solo que la insistencia de la muchachita, además de ir pegada todo el día a su padre repitiendo a cada poco lo mismo, le hizo cambiar de opinión.

Chase Baxter no encontraba la solución a aquella terrible decisión que la había colocado en los brazos de Lucius. No sabía como hacer para que los acontecimientos de los últimos días se borrasen de la memoria de todos, y así poder seguir comprometida con Andrew Beaufort.

El hogar de los Baxter todavía permanecía en silencio después de que el joven Beaufort hubiera salido de allí a toda prisa.

—¿Y bien? —dijo el vizconde al ver a su hija parada en mitad del pasillo cuando él salió de su despacho.

¿Bien? Nada bien, mejor dicho mal, pensó Chase. Todo estaba mal. Peor que mal, porque desde que Andrew Beaufort había aparecido en su vida nada de lo que ocurría era fácil.

—Hola, padre.

—Parece que hoy no es un buen día, preciosa.

—Hace días que no es un buen día.

—Debo de pedirte que rechaces el compromiso del conde de Pembroke.

—Padre, todo es muy complicado. La reputación, el compromiso con el señor Beaufort, ahora con el conde. Creo que deseo ser una solterona, se lo ruego, no me obligue a casarme.

—De verdad que mi deseo es que seas feliz, pero quedándote soltera no lo serás. Te privarás de poder tener una familia, de compartir momentos con tu esposo, de descubrir lo que es el amor...

—Padre no amo al conde.

—Lo sé.

¿Lo sabe? Se extrañó al escuchar eso.

El vizconde esbozó una sonrisa mientras se retiraba. Como de bien debía conocer ese padre a su hija para haber llegado a aquella conclusión tan rápido.

Chase Baxter pensó que si ella misma no se ocupaba de su futuro nadie lo haría, o al menos no con su mismo interés.

Se dirigió a la cocina para comer algo antes de ir en la búsqueda de Andrew, y allí de nuevo

se topó con el pequeño. Qué poco sabía de aquel padre, de por qué se ocupaba él solo de aquel niño...

—¿Sigues teniendo hambre? —le preguntó mirando al plato de pasta que había frente al niño.

Una arcada salió de su boca sin poder evitarlo, y rápidamente negó con un dedo.

—Está loca. No ha dejado de meterme comida en la boca desde que he llegado.

—Tranquilo, hablaré con ella.

Chase le frotó la cabeza al pequeño Scott y pegando un bocado a un pastel de carne que quedaba sobre el banco, salió de las cocinas en busca de la cocinera, habló seriamente con ella, y después se marchó.

Tenía tanta prisa por saber donde estaría Andrew que cuando vio un caballo atado a la entrada de su casa, no dudó en montarlo a horcajadas y salir galopando.

Se dirigió a Mayfair, era el único lugar que conocía ella, pero allí la señora Terrence le dijo que desde que salió con Scott no había regresado. Dio unas vueltas antes de que comenzase a anochecer, pero no tuvo éxito, así es que regresó de nuevo al hogar.

A su regreso el pequeño ya tenía otra cara, y Chase se alegró. Ella intentó sonsacarle de manera disimulada donde podría encontrarse Andrew, pero Scott era muy inteligente y no dijo nada. Solo cuando el niño dijo extrañado por la confusión que el señor Beaufort no era su padre, la conversación cobró importancia.

—¿Cómo que no es tu padre? —dijo Chase.

—No. Yo crecí en un internado, y cuando tuve edad suficiente para atrapar cosas con mis manos... —hizo un gesto con ambas manos—, entonces el señor Barret me sacó de allí y me puso a trabajar.

—¿El señor Barret? —preguntó confundida.

—Sí, un viejo y gordo que nos tiene correteando por las calles y robando para él.

Chase se tapó la boca escandalizada, pensó que era muy pequeño para eso.

—¿Entonces Andrew no es tu padre?

—No. Él me encontró en la calle, me dio de comer, me llevó a su casa, y me dio un trabajo para que no regresara a la calle. Aunque... —Se puso triste de inmediato—, creo que voy a tener que volver con el sucio Barret, porque ha venido a buscarme, y mucho me temo que el señor Beaufort no podrá con él.

—¿Ahí es donde se encuentra Andrew ahora? ¿Fue a buscar a Barret?

Scott asintió con la cabeza.

Chase se puso en pie con apremio, tenía que ayudar a Andrew. Pero, ¿a dónde iría una joven dama? ¿Pretendía ella sola enfrentarse a un hombre que acostumbraba a hacer tratos callejeros?

En ese instante, y como caído del cielo, el conde de Pembroke golpeó la puerta del salón donde ella se encontraba teniendo una conversación de lo más enriquecedora con el pequeño protegido de Andrew.

—Te buscaba —dijo el conde.

—Aquí estoy —respondió Chase.

—Creo que me llaman, sí he vuelto a escuchar mi nombre —disimuló Scott saliendo de allí.

—Debemos hablar —dijo Chase mirando a Lucius con tristeza.

—¿Estás segura? —Su voz se volvió cálida.

—Sí, estoy convencida.

—Respetaré tu decisión.

Aún no se habían dicho nada, pero ambos se entendían casi a la perfección.

—Siempre he creído que te amaba, que a tu lado sería la mujer más feliz del mundo. Me empeñaba en pensar que si mi familia lo hubiese puesto más fácil nosotros hubiésemos sido la pareja exitosa de la temporada. Pero... —Chase tomó la mano de Lucius—, no se trataba de lo que la gente pensara de nosotros, ni de cuanto mi familia se opusiera a nuestro compromiso, se trataba solo de nosotros. Tú y yo...

Lucius puso con delicadeza su mano sobre los labios de Chase, la detuvo. No hacía falta que continuase verbalizando todo lo que él ya sabía. Quizá él también estaba confundido, y lo que sentía por ella era solo deseo, el deseo propio de poseer lo más bonito que sus ojos habían visto nunca.

—Romperé mi compromiso contigo, no pienso arruinar tu vida. No te obligaré a casarte conmigo cuando amas a otra persona.

Chase Baxter abrió mucho los ojos, porque aquello no lo esperaba. Ella pensaba tener que decírselo, pero jamás creyó que a Lucius le importase tanto como para hacer eso.

—¿De verdad?

—¿Crees que soy ciego? —sonrió.

Chase bajó su cabeza y la escondió entre sus hombros, le daba vergüenza aquel momento.

—No solo vi cómo te miraba él desde el primer día que lo conocí, después también pude ser testigo de cómo le sonreías a cada poco. Tengo que pedirte perdón, porque si no hubiese sido por esos celos enfermizos que sentí al veros juntos, jamás hubiese pedido tu mano. Es más, me negué cuando tu padre me lo pidió. De verdad, lo siento. Fui un egoísta.

Chase se acababa de enterar de que la había rechazado, pero no sentía dolor ya, ya no sentía nada por Lucius.

—Ya no importa.

—También hay algo más.

—¿Más?

Lucius era un caballero, no dejaría que otro hombre llevara el peso de un robo sin ser culpable, así es que se dispuso a contárselo todo.

—Nadie es perfecto —repuso ella.

—¿No estás enfadada?

—Lo sabía. Sabía que Andrew no me había robado el collar.

—¿Supiste que había sido yo desde el primer momento?

—La verdad, no. Fue al cabo de unos días cuando recordé tu abrazo efusivo, y entonces caí en la cuenta de que fue el único momento en el que alguien se acercó tanto a mí.

—¿Seguro que cuando os escondisteis en aquel almacén no estuvisteis más cerca?

—¿Lo sabías?

—Supe desde el momento en el que te defendió delante de tu padre de mis acusaciones que aquel hombre estaría dispuesto a cualquier cosa por ti.

—¿Y tú?

Chase necesitaba su ayuda. Quería conocer qué estaría dispuesto a hacer él por ella.

—¿Qué?

—¿Tú estarías dispuesto a hacer algo por mí?

—Si necesitas mi ayuda no dudaré.

—La necesito.



En ocasiones una amistad puede ser más conveniente que un amor forzado...

Si se tuviese que decir algo malo del conde de Pembroke, sería que, jamás recibió el cariño de sus padres. ¿Que si eso era malo? Eso es lo peor que le puede ocurrir a un niño.

Lucius Fitzalan Herbert nació sin madre, o mejor dicho quedó huérfano de madre a solo pocos minutos de nacer. Su padre deseaba tanto un varón para que heredara su título que olvidó que además de un sucesor, tenía junto a él a un bebé necesitado de amor.

La falta de ese vínculo fraternal lo obligó con el paso de los años a ser egoísta y solo pensar en él. Ese era el error que había cometido con lady Baxter, que jamás supo lo que ella necesitaba.

Ahora, se había dado cuenta, pero era tan tarde que lo único que pudo hacer por ella fue ayudarla.

—Si lo que Andrew Beaufort quiere es enfrentarse a un hombre que comete ese tipo de acciones con niños, creo que podré ayudar —le dijo a Chase mientras se dirigían en carro al barrio de St. Giles Rookery, después de haber hablado con su sirviente de confianza.

—¿Cómo ayudarás?

—Lo primero es que me hagas caso, es un barrio peligroso para una dama, y deberás quedarte en el interior del carro si lo encontramos.

—Pero, dime...

—Déjame eso a mí. Tómallo como una disculpa.

Lucius quiso enmendar aquel error que días atrás había cometido con Beaufort, y también con Chase de forma indirecta.

El viaje duró algo más de lo que ella esperaba. Todo el tiempo se dedicó a mirar por la ventana del carro esperando cruzarse con el cuerpo de Andrew, pero allí lo único que las calles le regalaban era delincuencia, mujeres intentando seducir a hombres y pobreza.

Fue en ese momento en el que creyó que no lo encontrarían cuando la voz de Andrew sonó muy por encima del ruido de las ruedas del carro y los cascos del caballo golpeando sobre los adoquines.

—Deténgase —gritó Chase.

El lacayo no parecía estar muy de acuerdo en esa orden, sabía que aquel lugar no era uno seguro, pero cuando la voz del conde sonó, el carro se detuvo en seco.

Lucius bajó casi antes de que se detuviese al completo, y con un fuerte golpe de voz pronunciando el nombre de Andrew, hizo que se diera la vuelta.

—¿Usted? Márchese de aquí, este no es lugar para un hombre de su posición —dijo Beaufort.

—Vengo a hablar con usted.

—Usted y yo no tenemos nada de lo que hablar, así es que hágame caso y retírese.

Frente a Beaufort estaba Barret. Su posición corporal denotaba que tenía el control de la situación, además el arma que llevaba en su mano le daba ese poder del que estaba acostumbrado.

—¿Has mandado refuerzos? —preguntó Barret,

—Él no —dijo Lucius.

Andrew no pasó esa respuesta por alto.

—Puedo disparar a los dos antes de que ninguno pueda hacer nada por detenerme.

Mientras tanto Chase aguardaba en el interior del carro ajena a lo que ocurría allí.

—Vengo a por el señor Beaufort, tengo la intención de llevármelo.

—No irá a ninguna parte, me debe algo —pronunció Barret.

—Lo sé.

¿Lo sabía? Se preguntaba Andrew.

—Salga ahora mismo de aquí, esto es cosa mía.

Andrew comenzaba a ponerse nervioso, nunca antes nadie había salido en su ayuda, él solo acostumbraba a lidiar con sus problemas.



—Para usted tengo algo mejor que un mocoso. ¿Qué puede proporcionar un niño de esa edad? Supongamos que se quede a su lado, ¿cuánto, diez años más? —Inclinó la cabeza Lucius—. Yo le daré diez mil libras esterlinas para que pueda vivir cómodamente sin tener que buscarse la vida.

Barret dudó un segundo, no tenía claro si aquello que decía Lucius era cierto o solo era una artimaña para salvar el momento y poder llevarse a Andrew.

—Digamos que creo lo que me dice.

—Créame.

—¿Lleva el dinero con usted?

—No acostumbro a llevar tantas libras como para comprar la mejor casa en un barrio como Mayfair, pero puede acompañarme y le daré su dinero hoy mismo.

—¿Quiere tenderme una trampa?

—Si no desea venir conmigo para que le de su dinero, puede esperar aquí.

—Un momento —dijo cuando vio que Lucius se dispuso a andar hacia el carro de nuevo.

—Iré con usted, pero le juro por Dios que si es una trampa...

—Yo iré con vosotros —dijo Andrew.

—No. Tú debes cuidar de alguien mientras vamos a por el dinero y regresamos.

Andrew miró a Lucius confuso, pues él no sabía que Chase Baxter se encontraba en el interior del carro. Y cuando lo descubrió, enfureció.

—¿Qué demonios hace ella aquí? —le gritó al conde.

—Hemos venido a buscarte.

—Sospechaba que ibas a ser peor pretendiente que ninguno al que conociera, pero ahora mismo acabas de demostrarme que no tienes ni una pizca de cerebro. ¿Cómo se te ocurre traer a una señorita a este tugurio? ¿No sabes que este barrio tiene un índice elevado de criminalidad? Eres un ser despreciable e irresponsable.

El conde aguantó de una forma muy elegante todo aquello que Andrew Beaufort deseaba decirle, hasta que lady Baxter salió en su defensa.

—Ya está bien, fui yo quien le pedí ayuda. Fui yo quien lo traje hasta este maldito lugar, después de conocer que el señor Barret te extorsionaba.

—Oh, qué bella dama, ¿extorsión? Preciosa, este tipo que ahora viste elegante está tan acostumbrado o más que yo a hacer tratos ventajosos.

Barret que apestaba a licor y tabaco, y hasta aquella distancia Chase podía oler su hedor, se acercó a ella para tocar unos mechones que acariciaban su delicado rostro, pero de repente Andrew detuvo su grasienta y sucia mano evitando que la tocara.

—Ni se te ocurra tocarla.

—Ya veo lo que te importa... —le guiñó un ojo—. Señores —anunció—, todos regresaremos juntos. No puedo ignorar la ocasión de estar acompañado por tan bella dama en el interior de un carro.

Andrew aceptó la sugerencia, no era el mayor de sus deseos, pero entre eso, y quedarse en aquellas calles con Chase esa era mejor opción. Y la verdad, Lucius se alegró, porque de no haber sido así...

De regreso al barrio de Grosvenor Square, iban sentados en el carro por parejas. Chase Baxter frente a Andrew, y Lucius junto a Chase. Barret no apartaba la mirada sucia del cuerpo de Chase, pero aquello era algo que tendría que soportar Andrew.

Al llegar a la casa del conde de Pembroke, Barret haciendo referencia a su escasa educación, fue el primero en abandonar el carro.

—Creo que debería de regresar a tu casa —dijo Andrew reteniendo a Chase antes de bajar.

—No. ¿Cree que por ser mujer no puedo estar presente en este sucio y asqueroso trato?

—Lo del trato fue cosa de su prometido.

—Solo nos hace un favor.

—¿Nos? —preguntó Andrew.

—Le —corrigió Chase.

—Explíquese.

—Scott me lo ha contado todo. Sé que no es su hijo. ¿por qué me mintió?

—Jamás le dije que lo fuera.

—Pero tampoco lo negó.

—Cuando fui a decirle quien era el muchacho, usted misma lo dijo. ¿No se da cuenta de que no deja nunca que nadie le quite la razón?

—Porque la tengo.

—¿Se marchará a su casa?

—¡No!

—¿Es porque tiene usted la razón? —preguntó Andrew.

—Es porque quiero ver lo que va a ocurrir.

Andrew exhaló el aire de sus pulmones dejando ver que lo exasperaba.

Bajó él primero del carro, y después le ofreció la mano a Chase para que lo hiciera. Evidentemente ella la rechazó, y de un salto salió del interior sin tocar ni uno de los escalones.

—Ha mejorado mucho su torpeza, lady Baxter.

—Nunca he sido torpe.

—Recuerde que la conocí dentro de un pozo, si no lo llama torpeza, ¿entonces?

—Distraída, estaba distraída.

Andrew se rio con fuerza.

—Tortolitos, adentro —gritó Barret.

No quería que nadie se quedase rezagado, Barret cogería sus libras y se marcharía de aquel lugar, pero antes de eso, todos estarían presentes, para evitar que ninguno de ellos pudiese llamar a la guardia.

Solo que en ocasiones, las cosas, como bien decía la madre de Chase Baxter, no suelen ocurrir como uno las imagina. Y eso iba a pasar.

Cuando Lucius animó a Barret a que lo acompañase a su despacho, para recoger así las libras que le había prometido, la sorpresa que todos se llevaron fue grandiosa.



Las sorpresas que no te esperas son las mejores
Grosvenor Square
Casa del conde de Pembroke

El coronel Thomas junto a tres hombres más esperaban a Barret para detenerlo.

—¿Sabía usted esto? —preguntó Andrew a Chase.

Ella asintió con la cabeza y también añadió una sonrisa.

—¿Cómo?

—Es algo complicado de explicar, pero podemos decir que Lucius fue quien le tendió una trampa a usted robando él mismo el collar aquella noche que yo lucía en mi cuello.

Andrew comenzó a enfadarse mucho, apretaba fuerte sus puños, y la mandíbula mientras miraba con furia al conde, quien hablaba en ese momento con las autoridades.

Y cuando no pudo por más tiempo controlar su enfado, fue en dirección hacia él para darle un buen puñetazo en el rostro.

—Lucius Fitzalan Herbert, queda usted detenido por la implicación en el robo del collar de la familia Baxter —dijo el coronel esposando al conde.

No se supo si le dio más rabia no poder golpearle por que se lo llevaban esposado, o lo que había hecho para separar a la mujer que amaba de su lado.

—¿También lo sabía usted? —dijo Andrew mirando de nuevo a Chase.

—En el momento en el que se le ocurrió el plan, supo que él también debía culparse.

—¿Por qué han detenido a Barret sino es por delinquir y obligar a menores a hacerlo?

—Por robar el collar.

Andrew negó despacio con la cabeza.

—Pero él no estuvo...

—Lucius le contó a las autoridades antes de que fuésemos a buscarle a usted que él mandó a un ladrón para robarlo. Fue fácil, solo tuvo que dar su nombre y después engañarlo con una gran suma de libras para que cayera en la trampa.

—Sois unos auténticos tramposos. Te casarás con el mayor de los tramposos a los que he podido conocer. —Se dirigió a ella perdiendo el respeto.

—Ya.

—¿Estás convencida de eso?

—Sí.

—Pero ahora Lucius irá a la cárcel, imagino que siendo quien es, no estará más de unos días encerrado...

—No creo que llegue a unas horas. Mi padre ya va de camino para ayudarle.

—¿Tu padre?

—Así es, como favor a su hija.

—¿Se lo has pedido tú?

Andrew en ese momento supo que si lady Baxter le pedía a su padre que sacara a Lucius, era porque sentía algo por ese hombre. Y él en aquella ecuación sobraba. Así es que le dio las gracias por lo que había hecho por él dispuesto a retirarse.

—No lo hice por ti. Lo hice por Scott, nadie merece ser esclavo de nadie.

—Igualmente gracias por lo que has hecho por Scott.

—Gracias a ti también.

Andrew la miró extrañado, no entendía porqué le daba las gracias a él. Pensó que serían por cuidar de Scott, pero ese era problema suyo, no de ella. De igual manera le preguntó el motivo de su agradecimiento.

—Por sacarme de aquel pozo, por salvar mi vida.

Se rio.

—Creía que no era eso lo que pensabas. Más bien dijiste algo así como: maldigo el día que me sacaste de ese pozo...

—Estaba rabiosa.

—¿Entonces te salvé la vida?

—Lo hiciste, porque nadie me estaba buscando.

—Debe ser que tu familia es como el resto.

—No vuelvas a decir eso —se enfadó Chase.

—También es posible que desearan perderte de vista durante unas horas, llegas a ser muy... cargante.

—Retíralo.

—Lo retiro. Porque estoy seguro de que lo que tu familia estaba deseando era casarte con un hombre que aunque pusiera en duda tu reputación, te salvase la vida.

Andrew la acercó hasta su cuerpo con un suave tirón de brazo. Chase se quedó sin aliento al notar junto a ella todo el cuerpo de ese hombre con el que fantaseaba a cada poco.

—Hubiese podido subir yo sola trepando por las paredes de ese pozo, si no me hubiese hecho daño al caer.

La respiración de Chase se entrecortaba, y Andrew deseaba hacerla hablar para escuchar como se quedaba sin aliento.

—No tienes fuerza suficiente en estos brazos como para haberlo conseguido.

Unió sus dos muñecas y las colocó sobre su cabeza, después hizo girar sus cuerpos y la dejó con la espalda pegada en la pared.

—Soy fuerte, no soy como cualquier de esas mujeres con las que acostumbra usted a cruzarse en su vida.

—De eso estoy seguro, no eres ni parecida a ellas.

Andrew besó los labios de Chase.

Ella respondió a sus besos, ya había dejado de hablar, entre otras cosas porque no podía respirar y hacerlo al mismo tiempo. Sentía que se ahogaba con esa excitación que estaba sintiendo.

Las manos de Andrew acariciaban todo su cuerpo desde la cabeza, enredando sus dedos entre los cabellos de Chase, más tarde por la espalda de ella, y después habían bajado hasta tocar las piernas de la muchacha levantando con destreza su falda.

El corazón de Andrew también golpeaba fuerte sobre su pecho, y no pudo más continuar con

aquello.

—No podemos hacer esto —dijo deteniéndose.

—No puedes hacerme esto.

—Chase, esto no está bien. Tu reputación. Eres una señorita, eres una mujer de buena familia...

—Mi reputación hace tiempo que se puso en entre dicho, sin motivos de ello, así es que ahora hagamos lo que deseamos los dos.

Su cuerpo se pegó aún más que antes, si eso era posible. Andrew mordió su oreja, lamió su boca, mordisqueó sus labios con deseo. Sus manos no se detuvieron esta vez en sus piernas. Subieron por sus pantorrillas, dirección al interior de sus muslos. Incluso se adentraron en la ropa interior de Chase.

—No te detengas —le pidió ella.

Chase abrió sus piernas para que él pudiese tener mayor acceso a ella. Deseaba que le acariciara esa parte de su cuerpo que tanto lo esperaba.

—Chase.

—Andrew.

Escucharla decir su nombre lo volvió loco.

Primero introdujo uno de sus dedos entre la raja de sus labios vaginales, acarició suavemente, y ella se estiró arqueando su espalda debido al placer que sintió.

—¿Puedo probar con dos?

Chase asintió tímidamente.

Aquello que pudo experimentar Chase Baxter en su interior fue algo tan increíble que no pudo decirle a Andrew que se detuviera.

La puerta del despacho se cerró sin querer cuando él la empujó contra ella, y cuando se miraron, ardieron aún más en deseo.

Chase Baxter quedó desnuda después de que Andrew le quitase toda la ropa y quedase embelesado con la belleza de aquel cuerpo que tenía frente a él. La subió al escritorio del conde y allí sin perder ni un segundo más la hizo suya.

—Ahora ya no podrás casarte —dijo Andrew.

—¿Y por qué no?

—No puedes casarte con un hombre al que no amas.

—Qué sabrás tú lo que yo siento.

—He podido comprobar que es a mí a quien desees tener.

—Te equivocas, Andrew Beaufort. Deseo poseerte.

Una gran sonrisa se dibujó en la cara de él, pero continuaba confuso.

—¿Entonces no te casarás con el conde?

—No es con él con el que he querido casarme después de conocerte a ti —le confesó Chase.

—Serás la novia más bonita que nadie pueda admirar.

—Pues creo que el día de la boda, no debería de vestir de blanco...

—Nadie sabrá nunca lo que entre nosotros ocurra. Eres tan digna de respeto como cualquier otra novia.

—Pero, ahora sin reputación.

—A la mierda la reputación. Yo siempre negaré que te he tocado.

—Pues yo diría que sí lo has hecho —le dijo con picardía.

—Me va a resultar complicado acercarme a ti y no poder besarte.

—Solo tendrás que esperar un día.

—¿Un día?

—Mi padre además de tratar de sacar rápido a Lucius de la cárcel, también está haciendo algo más que le pedí.

Chase Baxter le había pedido a su padre que pidiera una licencia especial.

—Al menos, si nada ha cambiado, deberemos de esperar tres domingos, ese es el tiempo que se le da a las personas, por si alguien quiere oponerse a nuestro matrimonio.

—No. Se trata de una licencia especial. Son muchos años en la familia, y el arzobispo de Canterbury ha casado ya a dos de mis tías. Mi padre dijo que le debía un favor, ya sabes.

No. No sabía, pero poco le importaban los favores a los que su familia estuviese acostumbrada a hacer. De donde él venía los favores se llamaban matar a un hombre, robarle a alguien, o secuestrar... Así es que solo podía que alegrarse por ellos.



Estando Lucius en prisión, y con el revuelo que se había formado con eso del robo del collar de la familia Baxter, todo el mundo no dejaba de hablar de la pobre Chase Baxter que tendría que casarse con aquel hombre mezquino que le robó la reputación.

Robo o no, el caso es que esa boda se iba a realizar.

El compromiso ya estaba anunciado con anterioridad, aunque haciendo memoria, aquel iba a ser uno falso, y el de ahora era tan real como que Lysa Benedict estaba en cinta.

—¿Cómo ha ocurrido? Por Dios, si solo quedaban dos meses para vuestro matrimonio —gritó Emma en el saloncito del té.

Lysa y Simon estaban sentados juntos, con sus manos entrelazadas, y la pobre Lysa no podía detener el llanto.

Simon acariciaba la mano de su prometida todo el tiempo, y a la vez se reía de la situación tan absurda que estaba viviendo.

—Madre, ¿qué importa si está embarazada o no? Nos queremos, y nos vamos a casar.

—La gente habla.

—Al cuerno con la gente.

—Al cuerno no. La gente hablará, cuchicheará, y algunos os darán de lado.

—Al cuerno con la gente —Hizo entrada el vizconde.

Se inclinó para besar la cabeza de la pobre Lysa que estaba hecha una madeja de nervios, y después dio un par de golpes sobre el hombro de su hijo.

—¡Russell! —gritó Emma.

Emma Baxter de joven había sido otra cosa, porque si a ella le hubiese ocurrido... Mejor todavía. Ella se quedó embarazada de Russell y se marchó a Escocia a estudiar medicina, evitando así que nadie de Londres supiese que estaba en cinta. Osea que, aquello que ocurría ahora, no era tan alarmante como lo que ella hizo en el pasado. Pero bien dicen que consejos vendo pero para mí no tengo, y eso era lo que estaba ocurriendo. Emma, la esposa del vizconde, estaba irreconocible, y seguramente era que trataba de proteger a su familia para que no sufriese.

—No me hagas reír, querida. Esto no es nada en comparación... —dijo riendo el vizconde.

—Está bien, pues intentemos casarlos cuanto antes.

—No ocuparemos el lugar de mi hermana —dijo Simon justo cuando Chase aparecía en escena.

—¿Qué ocurre? —Salió a la carrera al ver a Lysa llorar.

Chase sacó un pañuelo del bolsillo de su falda y se lo ofreció, esta se sonó con fuerza la nariz, y después lo depositó junto a los otros.

¿Por qué había llorado tanto? ¿Por qué lloraba tanto?

Chase miró a su hermano intentando que él le dijera algo, una mirada, un gesto, pero nada.

—¿Alguien piensa decirme qué está pasando aquí?

Todos se miraban, porque opinaban que la noticia le pertenecía comunicarla a Lysa. Para bien o para mal ella era la que iba a tener a ese bebé.

—Vas a ser tía —dijo en un susurro.

—Oh, Dios mío. Ay, Dios mío. ¡Gracias, gracias! —Saltaba de alegría por el saloncito.

—¿De verdad estás contenta? —preguntó Lysa.

—¿Y tú por qué no lo estás?

—No lo sééééé —dijo llorando de nuevo.

—Tener una vida dentro de ti debe de ser lo más grande que puedes hacer con tu cuerpo. Lysa, espabila. ¿Quieres a mi hermano? Vas a casarte con él. ¿Dónde está el problema?

—La gente...

—Al cuerno con la gente.

Fui decir eso y toda la familia Baxter, incluida la vizcondesa rompió a reír al escucharla.

Solucionado el problema del berrinche de Lysa Benedict.

Al poco, el vizconde hizo referencia a la fecha de la boda de la joven pareja que esperaba un hijo, y no pudo evitar recordar que Lucius Fitzalan Herbert, sería puesto en libertad aquella misma mañana. Solo había tenido que pasar entre rejas una semana. Mucho para ser un conde pensaban algunos, pero lo justo para que la nobleza no cayese en el error de pensar que ellos tenían privilegios hasta con la justicia.

—A tu madre se le ha ocurrido la idea de adelantar la boda de tu hermano, ¿tú que piensas, Chase? —preguntó Russel a su hija.

—Lo veo bien, así ella estará más cómoda, porque una barriga dentro de un vestido de novia debe de ser un engorro —dijo Chase.

—Pero la iglesia no nos dará otra licencia...

—Oh, claro.

—Habíamos pensado que si intercambiáis las fechas de las bodas entre tú y tu hermano, todo quedaría resuelto.

—No es necesario, hermanita, no nos importa esperar. —Simon sabía lo que su hermana ansiaba poder convertirse en la esposa de Andrew Beaufort.

—Me parece que es lo más justo. Además vuestro compromiso estaba formalizado mucho antes. Sí, es una gran idea, iré ahora mismo a contárselo a Andrew.

—¿De verdad? —Lysa se emocionó y rompió a llorar de nuevo.

Debian de ser las hormonas, pensó Chase al verla.

—Es lo mínimo que haría por vosotros.

Lysa y Chase se fundieron en un abrazo y a los pocos segundos el hombro de Chase estaba empapado en lágrimas.

Cuando se separaron, Chase dijo algo sobre comprar pañuelos más grandes, porque en los próximos nueve meses los iba a necesitar.

*La decisión de lady Baxter*

Cuando Chase Baxter salió aquella mañana del hogar de su familia para dirigirse a Mayfair, al hogar que ocupaba Andrew Beaufort en aquel barrio adinerado de Londres, no imaginaba a lo que tendría que enfrentarse.

Andrew se encontraba leyendo el periódico tranquilamente después de haber mandado a la señora Terrence al mercado, y obligado al pequeño Scott a repasar aquellas letras sueltas que había aprendido hasta ahora.

Solo llevaba sentado en aquel cómodo sillón dos minutos cuando la puerta de la entrada se abrió.

Qué extraño, las puertas no se abren solas, pensó Beaufort. Aquello no podía significar otra cosa que no fuera lo que era. Los dueños acababan de regresar a su casa.

Andrew trató por todos los medios de no ponerse nervioso, porque él hubiese preferido no tener que estar allí cuando aquellas personas descubrieran que les habían ocupado el hogar por varias semanas en su ausencia.

—¿Quién es usted? —preguntó el caballero, cargado con uno de sus hijos en brazos.

—Buenos días, mi nombre es Andrew, un placer poder conocerle en persona. Esperaba su llegada de un momento a otro.

—¿Cómo ha entrado?

—Su esposa me entregó las llaves. Soy el encargado de custodiar su hogar mientras ustedes estaban fuera.

—No. Usted no es la persona que yo contraté.

Andrew comenzó a sudar, no se le ocurría otra cosa que decirle a aquel hombre, que claramente estaba a punto de denunciarle.

La señora entró por la puerta cargada con una niña en sus brazos, y detrás de ella, Terrence, la cocinera.

—Señora Terrence, ¿conoce usted a este hombre? —preguntó malhumorado el caballero.

—Claro mi señor, es Andrew. Y debo decir que ha cuidado excesivamente bien del hogar y de mí, si no fuera por él nos habrían entrado a robar la otra noche. Un hombre llegó armado dispuesto a entrar, y el señor Andrew lo obligó a marcharse.

Bien, pensó Andrew, caso resuelto. Respiró tranquilo, sin recordar que en una de las habitaciones del piso de arriba se encontraba Scott.

Se dispuso a recoger sus pertenencias, cuando por sorpresa, el grito de la señora del hogar fue lo que le hizo recordar.

Andrew corrió escaleras arriba para ver qué sucedía. Y cuando entró en la alcoba vio a Scott

aterrorizado por los gritos que aquella extraña señora acababa de sacar de su minúsculo cuerpecito.

—¿Qué ocurre?

—Me he encontrado a este niño aquí.

—¿Y por eso grita? Debe de entrenar un poco más el arte de la calma, o terminará volviéndose loca. Recuerde, tiene dos de estos. —Señaló a Scott.

—Haga el favor de salir inmediatamente de mi casa, me ha llamado histérica.

—Histérica, eso es usted.

Y antes de que se pusiera a gritar de nuevo, se fue.

Le tomó la mano a Scott y salió de aquella alcoba. Al bajar al piso de abajo, se despidió de Terrence con mucho cariño, y le pidió perdón por si le hubiese causado algún inconveniente.

La cocinera lo abrazó con tanta fuerza que hasta sintió por un segundo que se quedaba sin poder respirar, después le dio un beso fuerte al pequeño Scott, y le pidió que volviese para hacer una visita. Estaba claro que aquella señora les había cogido mucho cariño.

—¿A dónde iremos ahora? —preguntó Scott.

—No importa. Encontraré un lugar como este o mejor.

—Mejor. Será mejor. —Añadió Chase que estaba escuchando a sus espaldas.



*Una apuesta siempre es una apuesta. Y hay que pagarla
El recibimiento en aquel hogar a Andrew Beaufort y al pequeño Scott, fue inmejorable.*

Nadie sabía la verdadera vida a la que había estado sometido el joven Andrew desde que escapó de las garras de Barret, y aunque la joven Chase sabía bien que todo aquello del oro, Denver, y el título de su supuesto padre era falso, no se imaginaría nunca que su prometido no tenía ni un pequeño hogar que ofrecerle.

Pero igual que los príncipes azules continuaban existiendo, también las hadas madrinas lo hacían.

Andrew Beaufort se acomodaba en la alcoba junto al pequeño Scott por el momento. Más tarde se le buscaría al joven muchacho un lugar más íntimo, pero por ahora estarían juntos para que el niño se sintiera a gusto en la casa.

El vizconde golpeó la madera de la puerta con su mano, y con un gesto de cabeza le pidió al muchacho que los dejase a solas.

—Señor Beaufort.

—Lord Baxter.

—No puede imaginarse lo que me alegro de que todo terminase de esta forma —dijo Russell Baxter.

—Yo en ocasiones me encuentro confuso, milord.

—¿Cuál es el motivo de esa confusión?

—Ustedes han sido, lo continúan siendo —se corrigió—, muy benévolos conmigo. Incluso con Scott.

—Está en nuestra naturaleza. No debería de sorprenderle a nadie que estas cosas sucedan.

—El caso es que ya sabe que no poseo nada. No podré llevar a su hija a ningún hogar cuando la boda se celebre. Ni servicio, ni transporte...

—No tiene de qué preocuparse.

—Pero es la verdad. Su hija parecerá una simple burguesa. Incluso si con suerte encontrase un trabajo digno y fuese suficiente para alimentarnos no tendría que trabajar ella. Creo que es mejor que desaparezca de su vida, señor —dijo derrotado Beaufort.

—¿Quién ganó la apuesta?

—¿De qué me habla? —preguntó extrañado Andrew.

—El servicio encontró en una de las alcobas una hoja con una apuesta escrita, quien la ganó? Andrew se quedó pensativo un rato. Y le hizo una pregunta al vizconde.

—¿Hubiese obligado a su hija a casarse conmigo?

—Por supuesto —respondió.

—La gané yo.

El vizconde asintió y con una sonrisa medio escondida en su rostro se retiró.

Chase Baxter estaba emocionada de poder compartir con toda su familia, Andrew, e incluso el pequeño Scott aquella maravillosa cena.

Solo quedaban dos días para la boda de su hermano con la preciosa Lysa, todo estaba más que preparado, hasta el lugar donde se marcharían a vivir inmediatamente después de la boda. El servicio esperándoles allí, un calesín aparcado en la puerta, y hasta la cuna del bebé tallada en madera adornaba una de las alcobas.

—Los siguientes sois vosotros —dijo Lysa sonriendo de felicidad.

—Vamos con un poco de retraso —pronunció Chase.

—¿No lo tenéis todo preparado? No queda tanto tiempo, ¿tres semanas? —Lysa miró a Simon.

—Querida, seguro que Andrew tiene una sorpresa preparada para mi hermana —dijo ingenuo.

—No necesito nada especial. Solo quiero vivir con el hombre de mi vida. No quiero lujos, ni servicio es necesario, solo somos dos. Bueno, si Scott desea vivir con nosotros seremos tres.

—Yo me he acostumbrado a esta casa, creo que podré vivir echándoos de menos —dijo Scott con los carrillos llenos de comida.

—Chase, debemos hablar —pronunció de forma muy seria Andrew.

—Antes dejame que os de nuestro regalo de bodas —dijo el vizconde.

—Andrew asintió, y el vizconde se puso en pie para hacerle entrega de un sobre.

—No es necesario, no nos hace falta su dinero milord —dijo Beaufort avergonzado.

—No es dinero. ¿Por quien me tomas? —se defendió.

Andrew le entregó el sobre a su prometida. Era el regalo de su padre, entonces creyó que le pertenecía que ella lo abriera.

Enseguida el vizconde se lo quitó de las manos, y negando con la cabeza, se lo devolvió a Andrew.

Todos miraban la escena esperando a que se abriese el sobre de na maldita vez.

Andrew comenzó a abrir aquel misterio, y cuando vio en su interior que no había dinero, soltó el aire que aguardaba en sus pulmones.

Vio que dentro había una especie de carta, la sacó y comenzó a leerla para sus adentros.

Esta carta va dirigida a ambos. No podéis imaginar el sentimiento que alberga mi interior sabiendo que os tenéis el uno al otro. Creedme cuando os digo que el mundo os tiene cosas increíbles preparadas, pero sin duda, también deberéis de soportar la carga que se pone sobre los hombros y que en ocasiones es difícil de mantener. Si sabéis repartirla lograréis ser tan felices como merecéis.

Ahora os hago un regalo especial.

Para ti, pequeña, te regalo esa casa cerca del mar que siempre te ha gustado tanto visitar. Creo que allí podéis ser felices, eso sí, debéis de venir a vernos de visita asiduamente y siempre que vuestro tiempo os lo permita.

Para el hombre que estoy seguro hará feliz a mi hija, le ofrezco la mitad de las tierras que poseo, para que se ocupe de ellas, las arrende, y las trabaje a su antojo.

Y ahora a ambos os pido que os respetéis y os hagáis reír como he visto siempre en vosotros.

De Russell Baxter

A su hija Chase Baxter, y a su yerno Andrew Beaufort

Cuando terminó de leer la carta escrito de puño y letra por el vizconde, no pudo evitar emocionarse. Pues le habían regalado una vida, una esposa, una familia.

Miró a Chase Baxter de forma inmediata, y solo pudo hacer una cosa.

La besó.

—Dios mío, Andrew —dijo Chase cuando terminó aquel beso.

—Te amo tanto que no creo que pueda dejar de besarte nunca.

Todo sonreían de alegría al ver a aquellos dos enamorados juntos.

Epílogo

Lysa Baxter estaba de pie junto a Chase, las dos en un rincón de aquel baile que daría comienzo a la nueva temporada en Londres. Las dos felizmente casadas con sus esposos ejemplares.

En esta ocasión disfrutarían de una velada como simples observadoras. Además de bailar con los hombres más apuestos del lugar, y sin tener que ser el centro de atención de todos.

Todos esperaban la sorpresa de la noche, se escuchaba en bocas de chismosas, pero de chismosas confiables, que la joven hija de Richmon, sería obligada a asistir a aquel baile. Y así fue, la joven Elisabeth puso un pie en la mansión, y ambas se miraron y sonrieron a la vez. Las dos coincidían en que sería una opción sensacional para Lucius, el conde de Pembroke.

Chase se colocó al lado de su cuñada, pero en esta ocasión mucho más cerca para animarla a hablar con ella, pero antes de que eso sucediera, Lysa creyó conveniente empujar a su hermanastro, el conde Lucius. El que perdiendo el control de su cuerpo, aterrizó sobre la preciosa y desconocida Elisabeth Duck, hija del marqués de Richmon.

Poco o nada se sabía de ella, a penas se la veía en las reuniones sociales de muchachas solteras, y ningún caballero quiso perder la oportunidad en aquel baile de acercarse a ella.

Un gran revuelo se formó al ver al conde en mitad del salón de baile sobre la joven.

¿Qué despropósito era ese?

Al menos un baile tendrían que tener juntos después de lo sucedido.

Y quizá también, el conde, en lugar de levantarse y alejarse como si nada, debería de haberle pedido perdón. Porque infortunio o no, él había derribado a la joven.

Elisabeth había sufrido tanto por amor, que jamás se dirigiría a un hombre jamás. En su vida. El pasado le había dejado una marca tan grande en el corazón, que no intentaría curar el dolor, por si en el intento, acababa a ñicos.

Pero, no aceptaría nunca que nadie la pisoteara, literalmente, y no le pidiera perdón.

Así es que, sí, aquí comienza la historia donde dos corazones malheridos tropiezan, se disculpan, y se alejan. ¿Pero qué digo?

Esta historia comienza con un tropiezo, pero sin disculpas, y Elisabeth Duck perseguirá al conde hasta lograr hacer de él un caballero de pies a cabeza.

Fin

Agradecimientos

Gracias por continuar aquí, es imposible poder expresar lo que siento cada vez que publico un libro nuevo. Siento una inmensa alegría de ver que poquito a poco sois unas cuantas más las que leéis mis historias. Sigo trabajando duro para no defraudaros.

Si os ha gustado esta historia os pido que dejeis una valoración en Amazon para ayudarme a llegar a más lectores.

Gracias de corazón.

Ahora me voy a introducir de lleno en la última entrega de la saga de Las Smith, esos cuatro hermanos que llegaron a Escocia en un año que no les pertenecía. La pequeña de las Smith me va a dar trabajo, pero siempre se sabe que los más pequeños de los hermanos salen demasiado espabilados...

Nos vemos pronto, queridos.

Books In This Series

Los Baxter

El matrimonio Baxter ha tenido dos hijos maravillosos, los que se harán payores y sentirán el deseo de crear su propia familia.

Lord Baxter conocerá a Lysa en un baile de máscaras en la temporada donde su hermana será debutante.

Lady Baxter siente que está profundamente enamorada del conde de Pembroke, pero un terrible accidente en un pozo, cambiará la suerte de la joven para siempre.

Descubre la saga Baxter.

La última temporada de lord Baxter

Una apuesta entre el conde de Pembroke y Simon Chals Baxter será la encargada en unir a Lysa Benedict a uno de los dos caballeros. Y aunque ella ya se siente atraída por uno de ellos, la máscara con la que la han conocido en ese baile al que asistió sin deberlo pondrá muy difícil que puedan reconocerla, a pesar de que Lysa suele estar muy cerca de uno de ellos.

Una apuesta, un baile de máscaras, y un secreto por descubrir que cambiaría la vida de todos.